

BOLSILIBROS

S

S

SERVICIO SECRETO

de

en el umbral del infierno

burton hare



Primero llegaron los periodistas, una verdadera nube, una invasión de los más famosos columnistas de sociedad, los más sonoros nombres de la chismografía profesional que hacían latir los corazones solitarios de las solteronas, las frustradas, las camareras y las frías de todo el país.

Invadieron los hoteles de segunda categoría y establecieron sus reales en espera del gran acontecimiento.

Los fotógrafos gastaron kilómetros de película fotografiando los grandes palacios hoteleros reservados para la inmensa multitud de invitados que pronto empezarían a llegar.



Burton Hare

En el umbral del infierno

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1146

ePub r1.0

Titivillus 30-11-2019

Título original: *En el umbral del infierno*
Burton Hare, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Las Vegas, 1969

Primero llegaron los periodistas, una verdadera nube, una invasión de los más famosos columnistas de sociedad, los más sonoros nombres de la chismografía profesional que hacían latir los corazones solitarios de las solteronas, las frustradas, las camareras y las frías de todo el país.

Invadieron los hoteles de segunda categoría y establecieron sus reales en espera del gran acontecimiento.

Los fotógrafos gastaron kilómetros de película fotografiando los grandes palacios hoteleros reservados para la inmensa multitud de invitados que pronto empezarían a llegar.

El Palace, el Dessert, el Pioner y dos o tres más habían sido copados por entero. No había un solo huésped todavía, pero no admitían a nadie porque todas sus habitaciones estaban destinadas a alguien con nombre sonoro en el mundo de la «alta sociedad» americana.

El mundo de la *dolce vita*, del cine, de las finanzas, de los haraganes desocupados rebosantes de oro, de las artes falsificadas, de los que ostentaban títulos de nobleza apolillada barridos de sus países de origen por el vendaval renovador, de cuantos vivían a la sombra del vicio y del despilfarro arañando las migajas a cambio de sus sonrisas, de sus renunciaciones y de sus propios cuerpos...

Todos estaban a punto de llegar.

El famoso *Sun Ray* de ese día fue también reservado en su totalidad. Todos sus vagones llenos de alegres pasajeros con una capacidad inagotable para engullir *whisky* a torrentes.

Cinco aviones fletados especialmente tenían anunciada su llegada para las cinco de la tarde.

Los periodistas especializados se vieron metidos en un embrollo porque era imposible acudir a la estación y al aeropuerto al mismo tiempo, y el *Rayo de Sol* tenía su llegada a las cinco y veinte minutos.

Por supuesto, algunos de los invitados llegaron por carretera, a

bordo de sus flamantes coches de grandes marcas. Ésos fueron los que tuvieron menos publicidad inmediata, puesto que hicieron su entrada en los hoteles cuando los columnistas y chismosas profesionales estaban repartidos entre la estación del ferrocarril y el aeropuerto.

Glen Nelson llegó por carretera. Manejaba su «Buick» convertible y nadie le hubiera tomado por uno de los invitados a la gran ceremonia.

No obstante, los reporteros quizá hubiesen tenido en él una soberbia fuente de noticias si se hubieran tomado la molestia de interesarse por el solitario viajero que estacionó su polvoriento convertible frente a la palaciega entrada del Pioner.

El portero le contempló especulativamente. Glen Nelson era un individuo alto, macizo, de cabello revuelto que coronaba una cabeza orgullosa y unas facciones que no tenían nada que ver con las que suelen campar en las revistas de chismes.

Finalmente, el hombre se aproximó al coche sin ningún entusiasmo.

—El hotel está lleno, señor —anunció rutinariamente.

—¿De veras? Debe ser un gran negocio.

—Quiero decir que no hay habitaciones..., «señor».

—Para mí, sí.

—¿Es uno de los invitados del señor Talbot?

—Por lo menos, él es quien paga mi cuenta.

El portero esbozó una mueca de desdén.

—Perfectamente —gruñó.

Tomó la maleta y entró marcialmente en el hotel.

Glen fue tras él secándose el sudor que empapaba su rostro. El calor era endiablado a pesar de la hora y no soplaba ni una leve ráfaga de aire.

La habitación individual que tenía destinada era todo lo que cabía esperar de un palacio como aquél. Un enorme ventanal comunicaba con la pequeña terraza, y desde ésta podía contemplarse una panorámica de los espesos jardines y la gigantesca piscina en forma de riñón, casi desierta a excepción de algunas bellezas que ganaban su sustento exhibiéndose con sus precarios bikinis, y algunos extras cuando se los quitaban.

El recién llegado encendió un cigarrillo, dejando vagar la mirada por ese panorama lleno de sugerencias. Las muchachas tendidas

alrededor de la piscina se le antojaron antiguas sacerdotisas de un culto viejo como el mundo.

Entró y abrió la maleta, distribuyendo su equipaje en el armario.

Cuando hubo sacado sus ropas, en el fondo de la maleta quedó un arnés de cuero con la funda axilar y el «Colt-Cobra» del 38, barrigudo, de cañón muy corto.

Titubeó, pero al fin cerró la maleta sin tocar el arma para nada.

Descolgó el teléfono, y tras consultar un número que llevaba anotado, lo marcó. Oyó vibrar el timbre al otro extremo del hilo una y otra vez antes de que alguien acudiera a contestar.

Glen dijo:

—Habla Nelson, Glen Nelson.

—¿Sí?

—Me dijeron que ustedes tendrían instrucciones para mí cuando llegara a Las Vegas.

—¿Dijo usted Nelson?

—Eso es.

—Aguarde un momento.

Esperó. Para sus adentros, maldijo una vez más a Larry Spellman por haberle designado para ese estúpido trabajo...

—¿Señor Nelson? —dijo el auricular en su oído.

—Aquí estoy.

—Las instrucciones son que usted venga aquí esta noche, antes de las nueve. Eso es todo.

—¡Magnífico! ¿Se supone que he de saber la dirección por telepatía?

—Pienso que no nos gusta nada su sentido del humor, señor Nelson. ¿No le dieron las señas de este rancho?

—Sólo el teléfono.

—Muy bien, tome nota...

Las instrucciones se le antojaron suficientes para descubrir una mina de oro en el desierto de Nevada. Cuando colgó estaba más disgustado que nunca.

El casino del hotel funcionaba a tope porque el juego no tenía nada que ver con las reservas de todas las habitaciones. Nelson descendió dispuesto a pasar el tiempo hasta la hora de dirigirse al rancho donde se esperaba que hiciera su trabajo.

La llegada de los invitados resultó una auténtica conmoción.

A pesar de la delirante actividad de Las Vegas, aquella invasión de «famosos», en uno u otro sentido, trastornó su forma de vida hasta los cimientos. Seguramente que en toda la historia del periodismo sensacionalista no se habían disparado tantos *flashes* a la vez ni tan continuamente.

Glen Nelson se escabulló del hotel en cuanto empezaron a invadirlo los famosos huéspedes, los reporteros y los cazadores de sensaciones.

Tomó su coche, que alguien, en el garaje del hotel, había librado del polvo, y emprendió la carretera del desierto en busca del rancho de míster Talbot.

Primero localizó la entrada a las tierras del millonario. Era un arco de troncos sin desbastar. A un lado, la luz de la luna arrancaba pálidos reflejos a la calavera de un cuernilargo, cuyas cuencas vacías parecían mirarle con burlona fijeza.

En el otro lado, sobre una gran roca parda, la luna jugaba en luces y sombras con una calavera humana.

El pelado cráneo producía escalofríos, puesto allí simplemente como adorno.

Pisó el acelerador rezongando sobre el nauseabundo sentido del humor del propietario de aquellas tierras.

Luego, cuando llegó a destino, se quedó sin aliento porque la monstruosidad arquitectónica que vio ante sí, profusamente bañada de luz, era algo como jamás viera.

Una construcción de piedra maciza, inmensa, con estrechos ventanales, una columnata y un porche en el que podrían estacionarse un par de compañías de fusileros con todos sus pertrechos.

Y luz; focos ocultos entre la arboleda derramaban un océano de brillante claridad contra las paredes, como si quisieran echarlas abajo.

Un hombre apareció en la puerta. Era delgado, vestía de negro y llevaba un cuello rígido y un lazo negro.

—¿Señor Nelson? —Runruneó.

—Glen Nelson. Espero que llegue puntual.

—Perfectamente, señor. ¿Trae equipaje?

—¿Equipaje? Se supone que he de alojarme en el hotel.

—Quizá haya un mal entendido... Entre de todos modos, por favor. El señor Talbot está a punto de llegar.

Entró. El interior era tan absurdo y asombroso como lo que ya viera. Un vestíbulo inmenso, cubierto por una gruesa alfombra roja, parecía la nave central de un cuartel de infantería.

Fue introducido en un salón que arrancó un suspiro al visitante.

En contraste con todo lo demás, era de dimensiones normales, con estanterías llenas de libros en las paredes, un pequeño bar al fondo, cerca de un ventanal, y cuadros de costosas firmas en los huecos que los libros dejaban aquí y allá.

—Sírvase a su gusto, señor —le indicó el guía—. Le avisaré cuando el señor Talbot haya llegado.

—Muy bien.

Se encaramó en uno de los taburetes que había en el bar, alargó el brazo y atrapó una botella de *bourbon*.

Encontró hielo y estuvo bebiendo a pequeños sorbos un buen rato.

Después oyó un leve

«fru-fru»

a sus espaldas y se volvió en redondo, para encontrarse cara a cara con la más bella aparición que viera en toda su vida.

La muchacha no pasaría de los veinte años, era de elevada estatura y su cuerpo resultaba una filigrana de increíble perfección.

—Hola —dijo—. Me llamo Nelson.

—Yo soy Gladys.

—Aquí se ahorra uno los formulismos. ¿Quiere beber algo?

—Sí, gracias... ¿*Whisky*?

—Usted manda.

El preparó la bebida. La muchacha dijo:

—Soy la hermana de Myra.

—¿Y quién es Myra, si no es un secreto su identidad?

Ella le miró y su boca formó una gran «o» de sorpresa. Incluso con la boca abierta se veía adorable, como si hubiera sido besada en alguna parte inesperadamente y no pudiera decidir si le gustaba o no.

—¿Usted no sabe quién es Myra? —jadeó.

Sus ojos grises, separados, le miraban como si estuviera ante un ser

de otro planeta.

El gruñó:

—Me muevo en otro plano, ¿sabe?

—¡Pero Myra...!

—¿Sí?

Ella tomó el vaso que él le ofrecía sin dejar de mirarle fijamente.

—Oiga —dijo, de pronto—. ¿Quién es usted?

—Glen Nelson.

—Además del nombre.

—Entonces pregunte más bien «qué soy».

—No trate de burlarse de mí. ¿No es un invitado?

—En cierta forma, sí.

—No me aclara nada...

—Pregúntele al señor Talbot, cuando llegue.

La muchacha bebió, ceñuda. Parecía una niña a la que acababan de revelar que los niños no vienen de París.

—No me gusta usted —dijo de pronto—. Sea quien sea..., no me gusta en absoluto.

—Lamentable.

Glen sonrió. Ella estaba examinándole descaradamente, viendo la mirada fría y burlona de sus ojos, los ramalazos de cabellos grises en las sienes, la piel intensamente curtida y tostada por el sol y la boca enérgica y sensual.

—Le preguntaré a Frederick —decidió, de pronto.

—¿Frederick?

—El señor Talbot.

—¡Oh!

Dejó el vaso sobre el mostrador y dio media vuelta.

Glen esperó a que llegara a la puerta. Entonces dijo:

—Adiós, Gladys. ¿Sabe que tiene las piernas más bonitas que he visto nunca?

Salió y cerró de un portazo.

Casi al instante se oyó el lejano zumbido de un avión. El sonido creció hasta volverse atronador cuando pasó rugiendo por encima de la casa.

Llevando el vaso en la mano, Glen atravesó la vidriera y salió al jardín, a tiempo de ver la sombra del bimotor evolucionar en medio del chispear de sus luces de situación.

Luego, aterrizó a poca distancia y el estrépito cesó, dejando la noche extrañamente quieta y silenciosa.
El gran Frederick Talbot había llegado.

CAPÍTULO II

Frederick Talbot era uno de los hombres más ricos de América. Había quien afirmaba que si un solo año Talbot dejara de pagar sus impuestos, la economía del Gobierno se tambalearía. Eso quizá fuera una exageración, pero sin ninguna duda Frederick Talbot Mingus era una potencia económica cuidadosamente mimada por el fisco.

En su juventud había obtenido el título de doctor en farmacia, era un ex biólogo que en sus años mozos realizó algunos trabajos realmente asombrosos, hasta que fundó los laboratorios Mingus.

Años más tarde, vendió los laboratorios por una cifra astronómica y se dedicó a inversiones en la industria química. De ésta pasó a la del acero y aferró el control de algunas poderosas firmas, extendiéndose más tarde a las compañías navieras.

Después, ya consolidado su inmenso poder económico, organizó sus empresas de modo que siguieran rindiendo increíbles beneficios sin precisar su colaboración personal y se convirtió en lo que las revistas de chismes llaman amablemente un

play-boy.

Un

play-boy

un tanto maduro, porque rozaba ya los cincuenta y ocho años en la actualidad.

Pero era famoso en todos los lugares de diversión de América y Europa. Saint Tropez le rendía pleitesía cada vez que se dignaba concurrir a sus delirantes noches de orgía. La Costa Azul era su reino. Capri se consideraba una parcela de sus propiedades...

Para Glen Nelson resultó una sorpresa ver a semejante mito del mundo corrompido y frívolo que despreciaba cordialmente.

Talbot era barrigudo, de baja estatura y doble papada. Su rostro parecía eternamente congestionado, adornado por unos extraños círculos oscuros en torno a sus ojos de ave de presa. Unos lentes sin montura cabalgaban sobre su nariz, balanceándose como si fueran a caerse de un instante a otro.

El gran hombre se detuvo en el umbral, dejando que Glen le viera bien antes de avanzar. Tras él aparecieron dos mujeres y un hombre.

—¿Usted es Nelson? —preguntó, abruptamente.

—Eso creo.

—¿Sí o no?

—Sí.

—No me gusta la gente que habla dando rodeos.

Hizo un ademán imperioso y los que le seguían retrocedieron, cerrando la puerta.

Talbot se encaramó a un taburete junto a Glen.

—Sírrame un trago. Con hielo.

Nelson le miró de reojo. Empujó la botella hacia el millonario. Tras la botella señaló los vasos y dijo:

—El hielo está al otro lado del mostrador.

Talbot gruñó:

—Dije que me sirviera.

—No vine aquí como camarero, señor Talbot.

—Ya veo...

Bajó del taburete, fue a buscar el hielo y él mismo llenó su vaso hasta el borde.

—Tengo la idea de que usted y yo no nos entenderemos.

Glen se encogió de hombros.

—Es más que posible. Me obligaron a venir.

—¿Sabe cuál va a ser su trabajo?

—No.

—Se lo detallé a un tipo llamado Spellman.

—Larry Spellman es el director de la agencia. Pero él debió pensar que era preferible que me lo detallara personalmente a mí, puesto que era yo quien iba a realizar el trabajo.

El millonario bebió un largo sorbo. No apartó el vaso de sus labios hasta que le faltó el aliento.

—Voy a casarme —dijo de pronto—. Eso ya lo sabe..., supongo. Toda esa conmoción en la ciudad es a causa de la fiesta.

—Bueno.

—Mil quinientos invitados.

—Está bien.

Talbot ladeó la cabeza y le dirigió una mala mirada.

—Me pregunto si no sería mejor despedirlo a usted y buscar a otro. Sólo obtuvo un encogimiento de hombros.

—Bueno, los festejos se desarrollarán aquí, en el rancho. Sin ninguna duda, la gente se divertirá, lo cual es lógico. Pero no quiero extraños metiendo la nariz donde no deben.

—Siga.

—Tengo vigilantes armados, por supuesto. Gente ruda y sin complejos si han de apretar el gatillo para ahuyentar a los fisgones...

—¿Y...?

—Usted es un profesional. Por lo menos, pedí al mejor de que fuera posible disponer. Quiero que organice los servicios de seguridad, que los supervise. Tienen carta blanca sobre todo lo que ocurre dentro de mis propiedades, sea lo que sea que hagan contra todo aquel que intente venir a espiar o sacar fotografías.

—Un momento, señor Talbot.

—¿Sí?

—No me gusta darle vueltas al mismo asunto una y otra vez. Las cosas, cuanto más claras mejor. Lo que usted está tratando de decirme es que podremos disparar libremente sobre todo el que intente meter la nariz en la orgía que ustedes van a organizar.

—Ni más ni menos.

—Como una cacería de patos.

—Yo les respaldo. Mis abogados solucionarán cualquier cosa que ocurra, motivada por una invasión de mi propiedad. Y déjeme decirle que su manera de hablar de mi fiesta...

—¿Se refiere a mi calificación de orgía?

—Exactamente.

—Olvídelo. Es sólo una manera de hablar. Pero lo que se va a desarrollar aquí es una orgía..., a menos que hayan cambiado el significado del diccionario.

—Lárguese, señor Nelson. Acaba de echar por la borda la mejor oportunidad de su vida. Yo pensaba contratarle a usted directamente después de este trabajo. Hubiera trabajado para mí de modo permanente... y con un sueldo como ni siquiera soñó jamás. Glen saltó del taburete.

—Antes —dijo— debería usted preguntar si yo aceptaría un trabajo como éste.

Se encaminó a la puerta. Antes que llegara a ella, Talbot gruñó:

—Espere un minuto.

Se detuvo, volviéndose.

El millonario barbotó:

—Haré que le echen a puntapiés de la agencia. Nunca más encontrará otro empleo como detective privado en Nueva York. Tengo poder para eso y mucho más..., y usted va a comprobarlo.

Nelson sacudió la cabeza.

—Tal vez lo consiga o tal vez no —dijo, con calma—, pero si aceptara su oferta y durante esa bacanal que se prepara alguno de los matones que estuvieran a mis órdenes matase a alguien, jamás podría volver a mirarme al espejo sin sentir náuseas.

Giró sobre los talones y se dirigió a la puerta. Antes que pudiera abrirla, alguien lo hizo desde el otro lado y él se detuvo.

Una mujer quedó bajo el umbral. Era alta, de unos veinticinco años, espectacular y sofisticada. Tema curvas suficientes para marear a un piloto de carreras y sus ojos pálidos poseían un extraño fulgor que produjo escalofríos en el hombre que se había plantado ante ella.

El millonario exclamó:

—Entra, Myra. El señor Nelson ya se iba.

Glen gruñó:

—Así que usted es la novia...

—¡Largo, Nelson! —tronó la voz de Talbot.

Salió, íntimamente satisfecho de sí mismo. Quizá fuera cierto que acababa de jugarse el empleo, pero por lo menos sabía que a pesar de su trabajo, de la mercantilización a que le habían sometido desde que trabajaba para la todopoderosa agencia Mundy Research, aún era capaz de tomar sus propias decisiones como hombre libre sin importarle las consecuencias.

En el vestíbulo se cruzó con un atildado individuo vestido de etiqueta. Glen se preguntó qué demonios podía estar haciendo allí un tipo como Angie Ross, del que la policía hubiera podido decir mucho, y no precisamente favorable.

Junto a su coche había ahora cuatro o cinco más. En alguno de ellos había uniformados chóferes esperando.

Tomó el «Buick» y lo condujo despacio hasta enfilear la carretera que había de sacarle del imperio turbio y absoluto de un hombre que parecía corromper cuanto tocaba.

Mientras manejaba descuidadamente, Nelson se entretuvo en recordar todo cuanto sabía del gran Talbot y sus indescriptibles bacanales.

No le gustó nada de todo aquello y lo dejó correr.

La noche era quieta, caliente como la sangre, cuando tras él aparecieron los faros de otro auto.

CAPÍTULO III

El poderoso «Lincoln Continental» le adelantó con facilidad. Era un coche semejante a un acorazado, pesado, gris y cuajado de cromados.

Unos metros más adelante realizó una absurda maniobra y quedó cruzado en la carretera, cerrando el paso.

Glen frenó haciendo rechinar las llantas. Sacó la cabeza y gritó:

—¿Qué infiernos les pasa a ustedes, ya están borrachos antes de empezar la fiesta?

Dos hombres saltaron del «Lincoln».

Los dos eran altos, de anchos hombros y caras inexpresivas.

—Usted debe de ser Nelson —graznó uno de ellos.

—Seguro.

—Apéese.

—¿Por qué? Saquen su cacharro de ahí o lo empujaré yo.

—¡Baje de ese carromato, Nelson!

—¡Condenación!

Abrió la portezuela y saltó fuera.

Apenas sus pies tocaron el asfalto, el más cercano de los dos disparó su paño y Glen sintió como si una mula le hubiera pateado la cara.

Cayó contra la carrocería del «Buick», tan aturdido por la sorpresa como por el mazazo.

El tipo cacareó:

—¡Es un fulano blando, Chuk!

—Ya lo veo... Levántese, Nelson.

—Quizá lleve revólver. Esos detectives privados se creen grandes desde que la televisión los convirtió en héroes...

—Ahora lo veremos.

Una garra se cerró sobre las solapas de Glen, levantándolo a pulso.

Otra mano le tanteó los lugares factibles de ocultar un arma.

—No lleva nada —dijo el tipo, como si eso le molestara.

—Bueno.

Le soltó. Pero casi con el mismo movimiento un puño semejante a una roca se hundió en su estómago y el detective dio una vuelta y

acabó estrellándose contra la carrocería de su coche.

Quedó jadeando, hirviendo de ira.

Tras él, el matón dijo:

—Me gustaría saber qué le hizo usted al patrón, Nelson, para que estuviera tan furioso. Dijo que le diéramos un buen repaso, ¿sabe? De modo que esto no es nada personal.

Glen se enderezó, apoyándose en la carrocería.

—Así que ustedes son dos de los vigilantes armados de que me hablé.

—Ni más ni menos.

—Y van a darme un repaso.

—Son las órdenes, ¿sabe? El señor Talbot dijo que no le gustaba nada su cara y que quería que la cambiásemos... y eso es justamente lo que vamos a hacer.

—Ya veo.

—Nada personal, como dije antes.

—Eso me consuela.

Riendo, Chuk avanzó blandiendo sus enormes puños.

Glen apoyó todo su peso en la carrocería.

Chuk disparó el puño sin dejar de reír.

Sólo que ahora las cosas variaron un poco.

Glen ladeó el cuerpo, siempre basculando sobre la carrocería de su descapotable, y al mismo tiempo lanzó un puntapié capaz de reventar un balón... si hubiera sido un balón lo que recibiera el impacto.

No fue un balón, desde luego.

La punta del zapato se hundió bastante más abajo del cinturón de Chuk y éste salió volando, encorvado, hasta que aterrizó en el suelo lanzando aullidos de agonía, revolcándose frenéticamente.

El otro emitió un juramento y se lanzó al ataque. Su primer golpe hizo trastabillar a Glen, pero antes que pudiera sacudir otro el puño del detective entró por entre su guardia como una bala y se estrelló justo en su nariz.

Hubo un estallido de sangre y un crujido y el tipo cayó muerto, boqueando.

Nelson estaba furioso, mucho más furioso de lo que cabía esperar. Volteó el pie y aplastó la suela del zapato contra la cara sangrante del guardián.

Hubo un nuevo crujido de huesos y cartílagos y el hombre cayó de espaldas, sin que volviera a moverse.

Inclinándose, le sacó una potente automática del «45» de una funda que llevaba bajo la axila. Hizo saltar el seguro y esperó.

Chuk se enderezó, gruñendo. Debía sentir un dolor de infierno porque tenía el rostro desencajado y una mirada vidriosa en sus ojos.

—¡Eso vas a pagarlo, Nelson...! —barbotó.

Hundió la mano bajo la solapa. Glen tiró del gatillo y la «45» tronó en el silencio de la noche.

La bala zumbó rozando los cabellos de Chuk y se perdió a lo lejos.

—Yo en tu lugar sacaría la mano vacía, Chuk —le aconsejó Glen casi con amabilidad.

El rufián siguió el consejo, porque supo que no seguirlo significaría recibir un plomo de más de cien gramos en la barriga.

—¡Maldito seas, Nelson! No sabes en el lío en que acabas de meterte... El señor Talbot te crucificará.

—Hasta entonces, voy a demostrarle a tu amo que a sus perros podrá azotarlos cuando esté de mal humor, pero a mí no. Acércate.

Chuk obedeció, titubeando. Glen volteó el revólver y lo estrelló con terrible impacto contra la cara de matón.

Hubo un surtidor de sangre y Chuk se apagó como una vela.

Nelson le sacó su pistola, muy semejante a la que ya tenía. Tras esto, arrojó los dos cuerpos inertes en la trasera de su coche, subió y, dándole la vuelta, tomó el camino de regreso al rancho.

Chuk despertó antes de llegar. Comenzó a quejarse amargamente, revolviéndose hasta librarse del corpachón de su camarada. No sin dificultad logró sentarse y barbotó:

—¿Adónde diablos cree que va, Nelson?

—Alguien debe decirle a tu patrón que si se pasa de rosca alguien le romperá los dientes alguna vez.

—Está chiflado.

—¿Tu amo?

—Usted.

—Tal vez. Procura no sentirte héroe porque te suelta una bala por menos de un centavo.

—¿Y después qué?

—Si te mando al infierno eso no deberá inquietarte.

Chuk lo pensó detenidamente y acabó cerrando la boca.

La brillante iluminación ante el edificio era como una puñalada que desgarrara la noche y permitiera ver a los sirvientes que andaban atareados de un lado a otro.

Glen detuvo el «Buick» a un lado y apagó el motor.

—Chuk, puedes terminar la noche con la cabeza sobre los hombros, o puedes acabar con un agujero. ¿Qué te parece?

—Empiece a preocuparse por usted, Nelson.

Éste saltó fuera del coche.

—Cárgate a tu camarada al hombro y echa a andar hacia donde te diga. Y no olvides el «45».

—Buena la va a armar, maldito fisgón...

Pero sacó a su compañero que sangraba a chorros y empezó a caminar delante de Glen hasta entrar en la casa ante el estupor de los chóferes.

Frederick Talbot Mingus continuaba en el salón en compañía de su futura sexta esposa. Pero ahora estaba allí también Gladys, la sugestiva muchacha que el detective ya conocía.

Al otro lado de la barra, Angie Ross manejaba una coctelera, agitándola con entusiasmo. Al ver entrar a la comitiva se quedó petrificado, con la coctelera en alto, lleno de estupor.

Las dos mujeres les miraron también, perplejas.

Chuk era la imagen de la derrota, cargado con su compañero de cuya cara seguía goteando la sangre hacia la costosa alfombra. Su propio rostro, machacado por el golpe que recibiera, era una máscara que infundía espanto.

Tras él, Glen cerró la puerta y le empujó.

Talbot fue el primero en salir de su estupor.

—¡Condenación! —rugió—. ¿Qué significa eso?

—No me gustó su embajada, Talbot. He vuelto para decírselo. Si envía otra, adviértales que recibirán un plomo en los sesos en lugar de un par de golpes. ¿Lo ha entendido?

El millonario estaba tan pálido como la cera y sus manos temblaban de ira.

—¡Le hundiré! —graznó—. ¡Jamás volverá a levantar cabeza, Nelson, se lo juro!

—Tal vez lo consiga o tal vez no. Usted mandó a esos dos matones para que me destrozaran la cara a golpes por la simple razón de que

yo no me sometí a sus manejos. Eso me disgustó, y cuando me disgusto soy tan obstinado como pueda serlo usted.

—¡Fuera de aquí!

—Cuando termine.

—Angie, sal y llama a los vigilantes que estén en la cocina, cenando...

Ross dejó la coctelera y salió del mostrador.

Casi tropezó con el cañón de la pistola que Glen había sacado del cinturón.

—Piénselo dos veces, Angie —dijo.

El pistolero se echó atrás como si hubiera visto una serpiente.

Saliendo de su estupor, la futura señora Talbot balbuceó:

—¿Qué significa todo esto, querido? Un hombre no puede entrar aquí y amenazarnos de ese modo...

—Por lo visto, un hombre puede mandar a sus matones que hagan pulpa la cara de otro, ¿eh? —dijo Glen con sarcasmo.

Su mirada tropezó con los grandes ojos grises y brillantes de Gladys. La hermana de la novia no parecía muy feliz.

—Me llevo las armas de estos dos héroes, Talbot —añadió Nelson, rechinando los dientes—. Si alguien trata de seguirme se encontrará con un trozo de plomo donde más le duela.

—¡Puerco! Nadie se atrevió jamás...

—Yo sí me atreví.

Descargó un trallazo con el cañón de la pistola contra la cara del millonario. Un profundo surco rojo se abrió en la fofa mejilla mientras Talbot caía sentado sobre la alfombra.

—Sólo para que comprenda que yo juego rudo cuando me obligan, Talbot.

Retrocedió hacia la puerta. Ni Ross ni Chuk hicieron movimiento alguno.

Los ojos de Gladys le seguían igual que fascinados.

Cerró la puerta a sus espaldas, se guardó la pistola y a bordo del «Buick» salió zumbando.

El lujoso «Lincoln» continuaba cruzado en la carretera. Glen paró su auto, entró en el otro y poniéndolo en marcha introdujo una marcha y saltó fuera mientras el enorme vehículo adquiría velocidad internándose en el desierto, más allá de la carretera.

Justo cuando reanudaba el viaje con el suyo oyó un tremendo

estrépito de cristales rotos y metales machacados. El «Lincoln»
había llegado al fin de su viaje...

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente, Glen Nelson se levantó tarde, dio un vistazo a la piscina y decidió que un baño era lo que le convenía.

Había las espectaculares mujeres de costumbre en torno a la soleada piscina, más algunos de los invitados de Talbot que esperaban la tarde para empezar la gran fiesta que debería durar varios días.

Glen se zambulló de un salto. Al salir lo hizo inopinadamente junto a un cuerpo dorado que flotaba con suave abandono.

—Hola —exclamó, sacudiéndose el agua del rostro—. ¿Ha dormido usted en la piscina?

Ella rió. Con un grácil gesto dio la vuelta y se sostuvo casi pegada a él.

—Casi —replicó—. Antes que llegaran todos ustedes, esta piscina era el único lugar de Las Vegas donde una podía aislarse.

—¿Para qué diablos quiere aislarse una muchacha como usted?

—Tal vez para olvidar.

—Olvidar, ¿qué?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Adónde trata de llegar?

—Lo más cerca posible de usted.

—¿Para qué? Encontrará todas las distracciones que quiera y más en la fiesta que empezará esta noche.

—Ahí es donde se equivoca, primor. Yo no estoy invitado. Temo que si apareciera por el rancho el gran Talbot soltaría sus perros contra mí.

—¿Quiere decir que no es uno de los invitados?

—Ciertamente eso es lo que quise decir.

—¿Y se aloja en el hotel?

—Ajá.

—No lo comprendo. Todas las habitaciones fueron reservadas por Talbot.

—La mía también. Pero luego perdí mi derecho a la orgía.

Nadaron hasta el borde. Glen se encaramó arriba y ayudó a salir a la muchacha.

—Me gustaría saber qué le indispuso con el omnipotente Talbot hasta ese extremo —comentó ella, tendiéndose sobre una gran toalla, bajo la sombra protectora de un parasol multicolor.

—Sería largo de contar. ¿Vive usted aquí?

—¿En el hotel? No, desde luego que no. Todas tenemos nuestros alojamientos..., aunque de poco nos sirven. Nos pasamos el tiempo aquí.

—Entiendo.

—¿No resultará usted uno de esos moralistas a ultranza?

—¿Tengo cara de eso?

—Era sólo una idea, por supuesto.

Se echó a reír. Su mirada recorrió con calma los poderosos músculos que se adivinaban bajo la piel del detective y luego añadió:

—No, su aspecto no es el de un predicador precisamente. Me llamo April y me gustaría mucho beber algo frío.

—Eso está resuelto. Y llámeme Glen.

Hizo seña a un mozo. Pidieron zumo de naranja frío y poco después parecía como si se conocieran de toda la vida.

—No creas que eso me pasa con todos los moscones que se acercan a mí —puntualizó April—. Soporto mucho, pero soportarlos y congeniar son dos cosas muy distintas.

—Lo celebro.

—¿Cuánto tiempo piensas permanecer aquí?

—No lo sé. Estaba decidido a largarme esta mañana. Ahora quizá prolongue un poco más mi estancia.

—¿Por mí?

—Ésa es la razón más importante.

Un camarero se aproximó como si andara de puntillas. Carraspeó hasta que los dos volvieron la cabeza.

—Señor Nelson... el director le agradecería que fuera usted a su despacho cuanto antes.

—Gracias.

El mozo se fue. Glen dijo:

—La patada.

—¿Qué?

—Talbot ha cancelado mi cuenta con toda seguridad.

Cortésmente, el director del hotel me invitará a desalojar la

habitación, largarme al diablo de aquí.

—¿Pueden hacer eso?

—¡Claro que pueden!

—¿Aunque tú quieras pagar tu estancia?

—Apuesto doble contra sencillo a que no aceptarán. Talbot empieza a cerrarme las puertas.

—Ujú. Temo que te veas en dificultades, Glen...

—¿Dónde podré encontrarte dentro de una hora?

—Aquí... o en el bar.

—Te buscaré.

Ella le sonrió cuando se levantó.

El director era un atildado, elegante y sofisticado individuo que parecía haber nacido dentro del impecable traje oscuro que lucía.

Sentado detrás de una enorme mesa curva, apenas levantó la cabeza cuando Glen penetró en el despacho.

—Usted quería verme —dijo el detective—. ¿Qué ocurre? —lamento tener que darle malas noticias, señor Nelson...

—¿Ha sido anulada mi reserva?

El director parpadeó.

—Exactamente. Espero que lo comprenda, señor Nelson.

—Supongamos que yo deseo pagar mi hospedaje aquí.

—Imposible... su habitación, por disposición del señor Talbot, ha sido asignada a unos invitados suyos. Espero que sepa usted comprender nuestra posición en este asunto.

—Es fácil comprenderla —rió Glen—. Imagino que un ladrido de Talbot pone de pie a la mitad de la industria hotelera de Nevada.

—No sólo de Nevada, señor Nelson.

—Claro, claro... el poder y todo eso. Bien, no se preocupe. Me largaré antes del mediodía.

—Gracias por su comprensión, señor Nelson. Cuando la estancia del señor Talbot en Las Vegas haya terminado, le aseguro que tendremos un gran placer en recibirle a usted nuevamente.

—Sería un placer demasiado caro.

Se despidió con un gesto y salió, encaminándose a la habitación.

Hizo el equipaje, cuidando de guardar las armas en el fondo de la maleta. Luego, tras cerrarla, dio un vistazo alrededor y salió.

April no estaba en la piscina. Glen la bordeó hasta el bar sumido en las sombras de la vegetación y buscó a la hermosa muchacha, pero

tampoco pudo verla allí. Se disponía a volver al hotel, cuando el mozo le llamó.

—¿Se llama usted Glen, señor?

—Glen Nelson.

—Bien, la señorita dijo solamente Glen.

—¿April?

—Eso es, April Byrd. Dejó una nota para usted.

El detective tomó el sobre con membrete del hotel extrajo la hoja de papel que contenía.

April había escrito con un bolígrafo un lacónico mensaje:

«Lo siento, Glen, no pude esperarte. Acaban de venir a buscarme para asistir a la fiesta de Talbot, en su rancho. Necesitaban algunas muchachas para los hombres que llegaron solos. Si sigues aquí te veré cuando esto acabe».

Glen rompió la nota en pedazos y la arrojó a una papelera.

Media hora más tarde descendía de la habitación precedido por un botones que cargaba con su maleta.

Se detuvo ante la recepción. El hombre del otro lado del mostrador exclamó:

—¡Caramba, señor Nelson! Me disponía a mandar a alguien en su busca... Acaba de llegar un telegrama para usted.

El telegrama procedía de la oficina central de la agencia, en Nueva York.

En cierto modo era tan escueto como el de April, pero mucho más rotundo.

En él le notificaban lisa y llanamente que estaba despedido, que la agencia rescindía su contrato y que no era necesario que regresara en absoluto.

Glen suspiró. Era indudable que Talbot había empezado a apretar las clavijas, a cerrar puertas...

Estaba dispuesto a jurar que todas las demás agencias de detectives con algún crédito habrían recibido corteses notas del millonario. En consecuencia, se preguntó para qué diablos iba a regresar a Nueva York.

Encontraría otras oportunidades. El país era grande.
Al diablo con Talbot.

CAPÍTULO V

Los Angeles, 1971

La oficina era pequeña, bien instalada, con una cómoda sala de espera siempre abierta y un rótulo dorado en la puerta con su nombre y profesión.

Como todas las mañanas, Glen lo miró al detenerse ante la entrada. Después, empujó la puerta y entró.

Había una mujer esperándole y eso fue una sorpresa, la primera del día. Después habría otras.

La mujer era de estatura mediana, vestía ropas que debían haber costado un buen puñado de dinero y lucía un solitario en el dedo índice de la mano derecha que destellaba como un rayo.

Se levantó cuando el detective entró y cerró la puerta.

Por primera vez, Glen descubrió las oscuras sombras que rodeaban sus ojos, y la mirada de inquietud que había en ellos.

—Buenos días, señora. Soy Glen Nelson. Supongo que es a mí a quien desea ver.

—Desde luego.

—Por favor, vamos a mi despacho.

Abrió la puerta interior con su llave y la mujer le precedió.

Tuvo tiempo de sentarse y encender un cigarrillo antes que ella se decidiera a hablar, tras rechazar el que le ofreció.

—Mi nombre es Marie Jerome.

Calló, mirándole, como si esperase que el nombre resultara importante o aclaratorio para él.

Glen esperó, limitándose a mirarla cortésmente.

—¿No le recuerda nada mi nombre, señor Nelson?

—Lo siento, pero no.

—Sin embargo, mi hija le recordaba a usted... Me habló muchas veces de Glen Nelson...

El forzó su memoria, pero su intento resultó inútil.

—Estoy seguro de que no he hecho ningún trabajo para ninguna mujer llamada Jerome, y hace dos años que me establecí en Los

Angeles.

—Desde luego, mi hija no fue clienta suya. Pero le conoció a usted en unas circunstancias, digamos... muy especiales. Ella se llama Gladys.

—Gladys... ¡Gladys! —exclamó de repente—. ¡Por todos los diablos, la pequeña Gladys! Ya lo creo que fueron especiales las circunstancias en que nos conocimos.

La mujer suspiró.

—De modo que la recuerda ahora...

—Sí, era la hermana de Myra Jerome, la joven que se casó con Frederick Talbot Mingus.

Una sombra cruzó por el rostro de la señora Jerome.

—Así es, señor Nelson.

—Bueno, ahora dígame qué puedo hacer por usted.

Tras un instante de vacilación, ella dijo:

—Mi hija ha desaparecido, señor Nelson.

—¿Gladys?

—Sí.

—Vayamos por partes. ¿Qué quiere decir exactamente con que ha desaparecido? La raptaron, huyó o simplemente usted no sabe qué ha sido de ella. ¿Cuál de estas cosas, señora?

—Exactamente, huyó, pero dijo que me daría noticias suyas de vez en cuando. No he vuelto a saber una palabra y hace dos semanas que se fue.

—Usted dice que huyó..., pero realmente se limitó a marcharse desde el momento que lo hizo despidiéndose de usted y prometiéndole tenerla informada de su paradero. Creo que sería preferible que tratara de serenarse y me contara las cosas con claridad.

—Estoy nerviosa, por supuesto.

—Tranquilícese. Tenemos todo el tiempo del mundo.

La mujer asintió. No cabía duda que estaba preocupada e inquieta.

—Ahora aceptaría un cigarrillo, señor Nelson.

Él le ofreció uno, aplicándole después una cerilla. Siguió esperando pacientemente, hasta que la mujer murmuró de pronto:

—He dicho antes que Gladys huyó, y es verdad. No quería que nadie supiera su paradero... ni siquiera yo, aunque según dijo me haría llegar noticias suyas para que supiera que estaba bien.

—¿De qué huyó, o de quién?

—De Frederick Talbot.

Glen dio un respingo.

—¿Del marido de su hermana?

Ella asintió con un gesto.

—Cuéntemelo todo. El recuerdo que yo guardo de Talbot no es precisamente agradable o amistoso.

—Por eso he acudido a usted.

—¿Siguen estando casados su hija y Talbot, o ya se divorciaron también?

—No se han divorciado. Myra es la mujer de todas cuantas se casaron con él que ha durado tanto tiempo.

—Seis, si mis recuerdos no fallan.

—Cinco. La sexta fue Myra. Pero todo el mundo sabe que hubo muchas otras, aunque no llegó a casarse con ellas.

—Un tipo muy emprendedor...

—Un nauseabundo degenerado —apostilló la mujer con una voz que temblaba.

—Volvamos a Gladys.

—Sí... Desde que se casó con Myra, Talbot tenía los ojos puestos en Gladys. Yo creo que en su retorcida mente existía la idea de dejar pasar algún tiempo, divorciarse y casarse luego con mi otra hija. Sólo que Gladys sentía un aborrecimiento profundo contra él. Sabe que destrozó a su hermana, que la convirtió en una desgraciada... Pero no quiero hablar de eso, es demasiado penoso para mí. Lo cierto es que Gladys nunca quiso volver a verlo desde la boda...

—¿Por qué desde la boda precisamente?

—Porque fue testigo de lo que sucedió allí... Por lo menos, de la primera noche, porque a la mañana siguiente ella y yo nos marchamos de Las Vegas y regresamos a Nueva York directamente.

—¿Tan mala fue la cosa?

—¿No estaba usted en Las Vegas también?

—Salí en avión el día siguiente de la boda por la mañana, pero si se refiere a la fiesta, no. Me despidió antes...

—Sé cuándo le despidió. Gladys me contó todo. Me dijo que usted lo había golpeado incluso y que consiguió atemorizarlo de tal modo que tardó más de una hora en reponerse y dejar de temblar. No creo que nadie, nunca, le dijera aquellas cosas, y menos se atreviera a

pegarle...

—Siga.

—Sí... Durante un año, el matrimonio fue más o menos como cabía esperar. Una sucesión de fiestas, viajes por todo el mundo, escándalos más o menos encubiertos... y bacanales repugnantes cada vez que Talbot decidía divertirse a su modo. Después, cuando regresó a Nueva York, empezó a asediar a Gladys. Le mandaba flores, mensajes, citas. Ella jamás acudió.

—¿Y...?

—Eso ha durado meses y meses... hasta que descubrimos que algunos de los esbirros que mantiene como guardianes de sus propiedades se dedicaban a espiar a Gladys. Sabían en todo momento adónde iba y con quién. Si algún hombre se interesaba seriamente por ella, de repente sé atemorizaba y tras una ridícula despedida por teléfono no volvía a aparecer. ¿Comprende realmente la situación, señor Nelson?

—Perfectamente.

—Eso decidió a Gladys a marcharse donde no pudieran encontrarla... a cualquier lugar donde empezar de nuevo con otro nombre... el de Joanne Grey.

—¿No trataron ustedes de denunciar ese acoso?

—¿Cree que hubiera servido de algo? Talbot es una potencia en todas las esferas. Nadie nos hubiera escuchado, y menos careciendo de pruebas. ¿Qué podíamos decir, que algunos hombres desconocidos seguían a mi hija por las calles? Se habrían reído. Muchos hombres siguen a las muchachas bonitas alguna vez. El cabeceó, casi rechinando los dientes.

—Acudí a un detective privado... a una gran agencia de Nueva York, y les pedí que comprobasen ese espionaje y obtuvieran fotos, o pruebas con que acudir a los tribunales. Fueron lo bastante honestos para renunciar. Tuvieron miedo de indisponerse con Talbot.

—Ya veo.

—Fue entonces cuando pensé en usted, pero Gladys decidió marcharse y creímos que era lo mejor que podía hacer.

—Y cuando no ha vuelto a dar señales de vida usted ha decidido recurrir a mí... ¿Ha venido expresamente desde Nueva York?

—Efectivamente. Llegué anoche y me inscribí en un hotel. Pero no

pude dormir ni cinco minutos seguidos.

—Exactamente, señora, ¿qué es lo que espera que yo haga?

—Encuentre a Gladys, sólo eso. Encuéntrela, pero no revele a nadie su paradero... ni siquiera a mí. Mi hija Myra, o Talbot, podrían sacarme la información contra mi voluntad. Sólo hágame saber que ella está bien y a salvo y me daré por satisfecha.

—¿Se da cuenta de que es algo casi imposible?

—Sé que usted no le teme a Talbot, señor Nelson.

—Es un tipo que me produce escalofríos, pero eso no tiene nada que ver. Localizar a una muchacha que ha podido cambiar de aspecto y de nombre cien veces, sin tener la menor pista, es algo poco menos que imposible.

—Ella vino a Los Angeles.

—¿Está segura?

—Por lo menos, eso fue lo que dejó entrever cuando se despidió.

—¿Con el nombre de Joanne Grey?

—Sí.

—¿Tomó un avión, lo sabe?

—Dijo que pensaba hacer el viaje en tren y autobús.

—Ustedes temían que Myra o Talbot le arrancasen a usted lo que supiera, ¿no es así?

—Exacto.

—¿Gladys también lo pensaba?

—Sí.

—Entonces quizá tomó un avión. ¿Recuerda la fecha en que se fue? La fecha exacta quiero decir.

—Fue el día siete de este mes. Salió de casa a las ocho de la mañana.

—¿La siguieron también esa vez?

—No. Nunca había espías a esa hora tan temprana.

Él se echó atrás en el sillón y encendió distraídamente otro cigarrillo.

Pasaron los minutos lentos, silenciosos. Glen sentía la mirada de aquella mujer sobre él, y era una mirada cargada de angustia y también de esperanza.

Al fin decidió:

—Muy bien, señora Jerome, buscaré a Gladys, pero por adelantado debo decirle que no confío en tener éxito. Necesitaré una fotografía

suya para enseñarla aquí y allá.

—Le he traído una...

—Otra cosa. ¿De qué color tenía el cabello cuando se fue?

—El suyo era negro... intensamente negro. Ése era el color que llevó siempre, el natural.

—Bien, deme esa foto y sus señas en Nueva York, si va a regresar allí.

—Yo pensaba quedarme en Los Angeles hasta...

—¿Hasta cuándo? Eso puede durar semanas enteras, y al final podemos fracasar. ¿Se da cuenta?

Ella asintió.

—Estaré aquí una semana —decidió—. Después regresaré a casa. Me alojo en el hotel Embassador.

Glen tomó la fotografía de la muchacha. Sonrió al reconocer en ella a la deliciosa muchacha que conociera en el salón del rancho de Talbot.

La mujer murmuró:

—Todavía no hemos hablado de sus honorarios, señor Nelson... Tengo dinero para pagarle, ¿sabe? Es lo único que me ha proporcionado el matrimonio de Myra... dinero. Y ahora creo que odio hasta ese dinero.

—Trate de calmarse. Ya hablaremos de mis tarifas cuando llegue el momento.

Se levantó. La mujer sonrió forzadamente.

—Me gustaría decirle a usted algo, señor Nelson...

—Adelante.

—Es usted tal como le imaginaba por las descripciones que Gladys hizo de usted. Por favor... ayúdeme, y ayúdela a ella esté donde esté.

Las lágrimas chispeaban en sus ojos. Se contuvo valerosamente, él estrechó su mano y se fue.

Glen volvió a su sillón, pensativo. En unos momentos habían despertado viejos rencores, el antiguo aborrecimiento hacia el hombre que había conseguido expulsarle de Nueva York, el implacable individuo que corrompía cuanto tocaba... incluso a su propia mujer.

CAPÍTULO VI

Sabía que lanzarse a las calle en busca de una mujer, precisamente en la ciudad donde es fama que existen más mujeres hermosas por milla cuadrada que en cualquier otra ciudad del mundo, era una perfecta estupidez.

Glen se limitó a ponerse al habla con un detective privado de Nueva York que trabajaba de modo independiente, como él mismo, y a esperar el resultado.

Era lógico imaginar que si Gladys temía que Talbot o Myra pudieran obligar a su madre a revelarles sus planes, hubiera mentido incluso a su propia madre antes de marcharse.

A última hora de la tarde obtuvo confirmación a su corazonada.

Sonó el teléfono. Al descolgarlo, la lejana voz de su colega de Nueva York dijo:

—Ya lo tengo, Glen. Una mujer rubia, muy bonita, con el nombre de Joanne Grey, tomó un avión el día siete con destino a San Francisco.

—¿San Francisco, es seguro eso, Jim?

—Absolutamente. Hablé con la azafata de ese vuelo. La recordaba muy bien.

—¿A qué hora tenía la llegada a San Francisco ese avión?

—A las nueve y quince minutos de la noche.

—Perfecto, Jim. Envíame tu factura como de costumbre.

—No te preocupes. Suerte.

—Gracias.

Colgó.

Salió a cenar, pensando constantemente en Gladys Jerome, en el implacable acoso a que había estado sometida, en su estado de ánimo cuando decidió huir, y tratando de imaginar qué planes pudieron ser los suyos una vez llegada a San Francisco.

Había olvidado preguntarle a la señora Jerome de qué recursos disponía la muchacha al marcharse. Si tenía mucho dinero no precisaría buscarse un trabajo inmediato, pero si sus recursos no eran cuantiosos entonces, se vería obligada a buscarse una

colocación, a inscribirse en las agencias de empleos o en algún sindicato.

Llamó por teléfono a una agencia y reservó un pasaje para el vuelo de medianoche para San Francisco. Tras esto, se encaminó a casa de un fotógrafo profesional que ya había hecho otros trabajos para él.

El fotógrafo se llamaba Prince y acababa de cenar cuando él llegó.

—Como de costumbre —rezongó—, no puedes acudir a la tienda como las demás personas decentes.

—Mi horario de trabajo nunca es decente. Echa un vistazo a esa foto.

—Preciosa. Una muchacha con una belleza serena, pero que haría andar cabeza abajo a más de un hombre. ¿Qué pasa con ella?

—Quiero que la colorees. Colores naturales, como si hubiera sido fotografiada originalmente a color.

—¿Eso es todo?

—No. También quiero otra copia, pero con el cabello rubio. Un rubio dorado creo que estará bien.

—Puedo hacerlo. Mañana por la tarde...

—Olvídalo. He de tomar el avión de medianoche y necesito las fotos para entonces.

—¡Tú estás loco!

—Ya lo sé. Manos a la obra, viejo.

—¡Pero es imposible, Glen!

—No hay nada imposible para mí.

—Pero sí para mí. Escucha, mi mujer va a...

—Tu mujer saltará hasta el techo cuando le digas que vas a ganarte cien pavos por ese trabajo extra.

—¿Dijiste cien?

—Empiezo a arrepentirme.

—Vamos.

A las once y pocos minutos Glen tenía en su poder las fotografías tal y como las había pedido.

Y a las doce emprendía el vuelo hacia San Francisco sin poder explicarse la extraña inquietud que parecía dominarle.

* * *

Resultó extremadamente fácil, por lo menos al principio.

Un mozo del aeropuerto recordó la cara adorable de la muchacha rubia. Estuvo mirando la fotografía con el cabello rubio y moviendo la cabeza satisfecho.

—Es ella, sin ninguna duda —afirmó—. Llegó aquí y parecía nerviosa. Le llevé sus maletas a un taxi y ya no volví a verla.

—¿Sabe qué taxista era?

—No me fijé. Era una hora de mucho movimiento. Pero casi siempre son los mismos taxistas los que prestan servicio en la salida. Pregúnteles.

Glen lo hizo. El cuarto a quien mostró la fotografía dijo:

—Nunca olvido una monada como ésta, no, señor. La llevé al hotel Mogador.

—Lléveme a mí, ahora.

El chófer cargó la pequeña maleta y puso en marcha su taxi.

—¿Qué pasa, escapó de un marido celoso o qué? Glen rió entre dientes.

—Todo lo contrario. Escapó de alguien que quería ser su marido.

—Ya veo.

Cuando el taxi se detuvo, pagó y saltó a la acera. Tornó él mismo la maleta después de abonar la carrera.

Estaba a medio camino de la entrada cuando apareció un botones.

—Bien venido, señor —exclamó el recepcionista—. ¿Tiene habitación reservada?

—Creo que no, pero me conformaré con la que usted decida.

—No queda ninguna individual, señor, lo lamento.

—¿Y doble?

—Ésas sí..., pero le costarán más caras.

—No importa. Mande mi maleta por delante.

El botones tomó la llave y la maleta y se alejó hacia los ascensores.

Glen llenó la hoja registro y luego puso la fotografía bajo las narices del empleado.

—Esta chica se inscribió aquí hace un par de semanas. ¿La recuerda?

—La señorita Grey... ¿Qué sucede, señor, le pasó algo malo?

—No, que yo sepa. ¿Dejó ya su habitación?

—Por supuesto. Sólo estuvo aquí tres días; el tiempo de encontrar un alojamiento permanente.

El suspiró.

—¿Dejó una dirección?

—La dejó, para que le enviaran el equipaje.

Glen pensó que la muchacha no había sido muy inteligente si quería borrar su rastro.

Un billete colocado a tiempo le permitió conocer aquella nueva dirección.

Subió a la habitación para darse una ducha y cambiarse de ropa. Después, en medio del completo silencio del hotel dormido, volvió a la calle cuando el reloj señalaba las tres y algunos minutos de la madrugada.

Las señas de Gladys correspondían a un edificio de cinco plantas, dedicado todo él a pequeños apartamentos de alquiler. El rótulo de metal dorado junto a la puerta pregonaba que aquello era una residencia «exclusivamente» femenina y que el establecimiento facilitaba todos los servicios por un precio módico.

Tranquilizado, regresó al hotel y se acostó.

Cuando logró conciliar el sueño casi amanecía sobre la costa y una pálida claridad recortaba la ventana a través de las cortinas corridas.

Pero a pesar de todo, siguió pensando en Gladys... y en sus largas y hermosas piernas, que tanto admiró aquella noche, allá, en el solitario rancho de Nevada...

CAPÍTULO VII

Le recibió la administradora. Tenía una cara alargada, llena de suspicacia.

—¿Dijo que se llamaba usted Nelson? —inquirió.

—Sí.

—¿Es usted policía?

Glen dio un respingo.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque ya sería hora de que empezaran a moverse, de que hicieran ustedes algo respecto a esa pobre muchacha.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Es usted policía o no?

—No lo soy, pero ando buscando a Joanne Grey.

La mujer miró otra vez la fotografía y luego murmuró, perpleja:

—Desde luego, la muchacha es esta misma..., pero no se llama Joanne Grey, sino Marion Masters.

—Entonces, debió cambiar de nombre... ¿Por qué dice usted que la policía debería intervenir?

—Porque yo denuncié su desaparición hace varios días, eso es. Y ni siquiera han venido a verme ni una vez. ¿Le parece que eso es correcto?

—En absoluto. Dígame cómo desapareció.

—Del modo más sencillo. Recibió una llamada telefónica, salió y ya no he vuelto a verla. Reservo el apartamento porque lo pagó por tres meses, pero estoy muy preocupada por ella, ¿sabe usted?

—¿Quién la llamó, lo sabe usted? Quizá tienen ustedes la costumbre de anotar los telefonazos y...

—Las llamadas pasan por una centralita. Fue un hombre el que habló pidiendo por esa chica rubia recién llegada... Dejó un nombre: Ross.

El corazón de Glen dio un salto.

—¿Ross, tal vez Angie Ross?

—Sólo el apellido.

—¿Dijo usted eso a la policía?

—Naturalmente.

Dio las gracias distraídamente y volvió a la calle. Anduvo hasta encontrar un taxi libre y le ordenó llevarle a la jefatura de policía.

La calle Grant estaba llena de gente cuando llegó. Se abrió paso a codazos en la abarrotada acera, hasta doblar la esquina y entrar en las dependencias de la policía.

—Creo recordar que hay aquí un oficial llamado Mac Cabe —le espetó al sargento sentado tras una mesa—. ¿Podría decirme dónde puedo encontrarlo?

—¿El teniente Mac Cabe? Está en Homicidios. Primer piso.

Subió arriba, preguntó otra vez y le introdujeron en un despacho reducido inundado de sol.

El teniente Mac Cabe era un hombre de unos cuarenta años, mirada pacífica capaz de engañar a cualquiera y ademanes pausados.

—¿Nelson? Creo recordar que nos conocimos en Nueva York hace años...

—Así fue. Usted era sargento entonces.

—Seguro... Ya recuerdo: usted estaba en la Mundy y colaboró con nosotros en un asunto de drogas y prostitución..., un asunto pestilente, con ramificaciones por todas partes.

—Seguro. Tiene usted buena memoria. Celebro su ascenso.

—Debería ser capitán como mínimo —rió el policía—. Bueno, ¿qué puedo hacer por usted, cómo andan por Nueva York?

—Hace años que me largué de allí. Estoy establecido en Los Angeles por mi cuenta.

—Ajá. ¿Buen negocio?

—No me quejo. Vine a San Francisco buscando a una chica... Ésta. Mac Cabe miró la fotografía. Silbó por lo bajo.

—¡Qué bocado, amigo! ¿Algo importante?

—Pudiera serlo. He localizado el apartamento que alquiló, pero de allí se esfumó hace unos días. La administradora del edificio denunció la desaparición y hasta ahora no ha sabido nada más.

—Bien, Personas Desaparecidas debe tener los datos del caso. Los pediré y podrá saber cómo están las cosas.

Alargó la mano hacia el teléfono, pero Glen le atajó con un gesto.

—Espere, Mac Cabe.

—¿Algo más?

—Según la patrona de esos apartamentos, ella recibió una llamada

telefónica que la obligó a salir de inmediato. Una llamada de un individuo cuyo nombre era Ross.

—Bueno, si lo hizo constar así... ¡Eh! —exclamó, levantándose de un brinco—. ¿Dijo usted Ross?

—Podría ser Angie Ross.

—Apuesto a que sí... Angie Ross.

—Vine porque pensé que usted conocería el paradero de ese «punto», si estaba en la ciudad.

—Sin duda, sin duda... Puedo decirle dónde para con toda exactitud.

—Eso me ahorrará mucho trabajo inútil. ¿Dónde está?

—En el depósito de cadáveres de Cook County.

Glen se quedó mudo.

—¿No se le ocurre nada? —sonrió el policía—. Pues espere a saber el resto...

—Suéltelo.

—Sabemos que Ross fue asesinado por una mujer. Bien podría ser ésta —dijo, dando unos golpecitos a la fotografía.

—¿Cómo murió?

—Le metieron una bala en el cerebro. Una bala de pequeño calibre disparada con una de esas pistolitas europeas del «7,65». Le entró por la nuca y el disparo fue hecho a boca de jarro. Había quemaduras de pólvora en los cabellos y en torno a la herida.

Glen tenía una expresión ceñuda cuando gruñó:

—Angie Ross era un bastardo que merecía la cámara de gas un millón de veces...

—Pero endiabladamente listo. Jamás se le pudo probar nada, y de un tiempo a, esta parte parece ser que se había retirado de «los negocios». Desde que vino a vivir a San Francisco sabemos positivamente que no tomó parte en nada sucio.

—Ya.

—Olvide el sarcasmo, Nelson. Lo he comprobado. Montó un par de negocios perfectamente lícitos y dejó atrás la etapa turbulenta de su vida.

—¿Tiene usted una descripción de la mujer que le visitó?

—Muy vaga.

—¿Y se adapta a esa chica?

—Excepto en el color del cabello, sí. Pero ya sabe usted con cuánta

facilidad cambian de color de cabello las mujeres. La descripción que tengo dice que era una morena, una dama con un largo y hermoso cabello negro.

—¿A qué hora fue asesinado?

—Entre las diez y las once de la noche.

—Entonces podemos salir de dudas fácilmente. Llame a los Garden Apartments, ¿quiere?

—¿Por qué?

—Quiero saber a la hora que salió de allí, después que recibió la llamada telefónica de Ross.

—Ya veo... ¿No tiene usted el número?

—No.

El teniente lo buscó en la guía y tras esto hizo la llamada.

Habló brevemente, dándose a conocer, y después indagó lo que le interesaba.

Cuando colgó esbozó una leve sonrisa.

—Salió bastante después de las nueve —dijo.

—Entonces no fue ella. Es imposible que pudiera teñirse el pelo a estas horas y menos disponiendo de tan poco tiempo.

—Es un dato a su favor —reconoció Mac Cabe—. Sin embargo, no cabe duda que fue a verlo. Necesitamos encontrarla, Nelson.

—¿Qué hay de las amistades femeninas de Ross?

—Hemos investigado ese aspecto del caso. Había infinidad de mujeres en su vida, de todos los colores imaginables. Tanto de cabello como de piel quiero decir. —Esbozó una mueca y añadió—: No era racista, usted sabe.

—¿Y...?

—Comprobamos sus coartadas al segundo. Ninguna estuvo con él aquella noche. Mis hombres hicieron un buen trabajo en ese aspecto. Descartadas.

—Imagino que Ross tendría un regimiento de enemigos...; alguno de ellos pudo sentirse inspirado y decidir matarlo con esa arma de pequeño calibre, esperando que la policía creyera que era el crimen de una mujer. ¿No encontraron nada en el registro que les condujera a esa suposición?

—En absoluto. Ross había estado bebiendo con una mujer. Había copas de champán en una mesita y una botella casi vacía. Encontramos las huellas de Ross en una copa, y rastros de carmín

en la otra. Pero el carmín fue lo único...; la habían limpiado a fondo. El carmín lo descubrieron los chicos del laboratorio; no se veía a simple vista.

—Comprendo.

—La idea es que estuvieron bebiendo... El inicio de una noche de amor, ya sabe. Luego, en cuanto ella vio la oportunidad de colocarse detrás del hombre sin levantar sospechas, le soltó el tiro y se largó después de limpiar la copa.

—Todo eso delata premeditación. Mi chica no pudo ir allí con un plan trazado cuidadosamente por anticipado. Salió disparada en cuanto Ross habló con ella por teléfono.

—Su «chica», como usted la llama, tendrá mucho que explicar de todos modos. Porque cuando llegó allí, Ross debía estar en compañía de la mujer que le mató, o acababa de morir, una de dos.

—Eso lo sabremos cuando consiga encontrar a Gladys..., si está viva aún.

—¿Eh?

—Usted ha olvidado una tercera posibilidad: que el asesino, o asesina, la matara también por temor a que ella pudiera delatarle si le sorprendió en pleno «trabajo».

—Pudiera ser.

Glen se levantó.

—No creo ni remotamente que un fulano de la calaña de Ross se hubiera reformado. Me gustaría dar un vistazo al lugar donde murió, teniente. ¿Cree que habrá algún inconveniente?

Mac Cabe titubeó.

—¿Qué espera ver allí que no hayamos visto nosotros?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Mis hombres hicieron un registro de la vivienda.

—Incluso así, me gustaría echar un vistazo.

El policía no parecía dispuesto a acceder. Encendió un cigarrillo mientras lo pensaba.

—Con una condición, Nelson —dijo al fin.

—Aceptada de antemano.

—Quiero su palabra de honor en el sentido de que si por casualidad descubre cualquier dato interesante me lo comunicará nada más salir del apartamento.

—Le doy mi palabra, desde luego.

—Así está bien.

Mac Cabe revolvió en un cajón de su mesa hasta que encontró un llavero con tres llaves.

—Ahí tiene... El apartamento era de propiedad. Aún no sabemos quién se hará cargo de él ahora. Hay precintos en la puerta. Le autorizo a romperlos. Ya enviaré a alguien a que ponga otros.

—Gracias, Mac Cabe.

Se estrecharon las manos y Glen salió apresuradamente, después de anotar las señas del que fuera domicilio de Angie Ross en San Francisco...

CAPÍTULO VIII

Glen Nelson contempló los precintos rotos, que delataban que alguien se había anticipado en su visita al apartamento. Alguien que no se había andado por las ramas. Mac Cabe se llevaría una buena rabieta cuando lo supiera.

Examinó la cerradura buscando señales de violación, pero no pudo encontrarlas. Quien fuera que había roto los precintos policíacos había abierto con una llave.

El hizo lo mismo, colándose al interior.

Era una vivienda de lujo, sin ninguna duda, aunque ahora estaba todo endiabladamente revuelto. El que había registrado aquello después de la policía no se había molestado en disimular su paso. No tenía por qué hacerlo después de la rotura de los precintos...

El apartamento se componía de un salón espacioso, un despacho equipado como biblioteca, dos cuartos de baño, comedor, cocina y tres dormitorios. Glen recorrió todas las dependencias rápidamente antes de buscar nada.

Después, desalentado, empezó a examinar el dormitorio principal, aquél en cuyo armario colgaban una infinidad de trajes, el más sencillo de los cuales no bajaría de trescientos dólares.

Revisó los bolsillos de todos ellos. No encontró nada.

El resto de la ropa había sido esparcida en todas direcciones y los cajones estaban vacíos.

Los otros dormitorios tampoco le revelaron nada y pasó al despacho.

Allí, el caos era total, absoluto.

Los libros tirados cubriendo el suelo. Las gavetas de la mesa sacadas y desparramado su contenido. Había puñados de papeles esparcidos como si un violento huracán hubiera pasado por allí barriéndolo todo.

Advirtió que los papeles habían sido arrancados incluso de los archivadores a puñados. Quien llevó a cabo semejante desastre debía estar furioso como un demonio.

Apiló los papeles en un rincón, separándolos de los libros tirados

entre ellos, y, sentándose en la alfombra, comenzó a revisarlos uno a uno.

Pensó que el visitante enfurecido no desperdició el tiempo con un examen tan detallado. Seguramente buscaba algo concreto y se limitó a sacar los archivadores, revolverlos y lanzar su contenido al suelo. Sin ninguna duda, estaba nervioso y tenía prisa. Violar un lugar precintado por la policía no es saludable y el tipo debía saberlo.

Así que comenzó una tarea larga y desesperante.

Había facturas correspondientes a dos clubs nocturnos, la mayoría pagadas. Documentos relativos a esos negocios, copias de contratos de artistas, cartas cruzadas con agentes de esos mismos artistas..., pero nada que pudiera justificar un asesinato, y mucho menos nada que le diera una idea de la relación que pudo haber entre Angie Ross y Gladys Jerome.

Una hora más tarde casi había examinado todos los papeles sin ningún resultado.

Entonces le llegó el turno a un pliego arrugado y que al ser arrancado del archivador sufrió algunos desgarrones.

Era simplemente otro extenso contrato de una bailarina de abanicos llamada Golden Trudy. Un nombre como para no olvidarlo.

Entre los pliegues del papel había unos trozos amarillos que saltaron cuando pasó las páginas una a una.

Eran resguardos de oficinas postales tan distantes unas de otras como Susanville, Redding, Sacramento, Jackson o Santa Rosa.

Glen los barajó entre sus dedos, pensativo. No había decidido todavía si eran importantes o no, si ofrecían alguna posibilidad o no, cuando oyó girar una llave en la cerradura.

Primero se puso rígido. Luego pensó que el teniente Mac Cabe había decidido supervisar su registro y se levantó.

Volvió a inmovilizarse cuando escuchó el seco sonido de unos agudos tacones de mujer sobre el piso.

Instintivamente, se metió los amarillentos resguardos en el bolsillo y, pisando como un gato, se acercó a la puerta.

Una pelirroja de curvas prominentes estaba plantada en medio del salón, mirando a su alrededor con ojos atónitos, como si estuviera pensando el mejor lugar para prenderle fuego a todo aquel desbarajuste.

Tenía unas piernas largas que mostraba mucho más arriba de las rodillas gracias a la diminuta minifalda que llevaba.

Tampoco el agresivo busto sufría excesivas presiones bajo la tenue blusa que lo encerraba y cuyo escote era tan profundo como un lago de las montañas.

Su rostro era de una belleza descarada, suavemente maquillado para resaltar la turgencia de los labios. Unos ojos azules muy rasgados completaban la visión.

Glen esperó, quieto, a que ella hiciera el siguiente movimiento.

Lo primero que hizo fue darle un puntapié a un grueso almohadón de terciopelo.

Sin duda, estaba disgustada. La oyó mascullar entre dientes.

Al fin, la mujer se decidió por el dormitorio y desapareció en él.

Glen suspiró. De cualquier modo, la cosa ofrecía sus posibilidades.

Atravesó silenciosamente el salón.

La pelirroja había iniciado el examen de los trajes colgados en el armario. Lo hacía nerviosamente, con premura.

El detective dijo pausadamente desde el umbral:

—Ya los miré yo antes. Le aseguro que no hay nada en los bolsillos.

Ella dio un chillido y un brinco, todo a un tiempo, volviéndose.

—Yo... yo...

—Tranquila; tiene en su favor que no ha tenido necesidad de violar los precintos.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Glen Nelson. Y le digo la verdad, palabra.

—¿Es usted... policía?

—A medias.

—¿Cómo?

El color volvía poco a poco a sus mejillas, pero la mirada de animal acorralado de sus ojos no había desaparecido.

—Yo haré las preguntas, si no le importa. ¿De dónde sacó la llave para entrar aquí?

—Yo... El me la dio, hace mucho tiempo.

—¿Ross?

—¿Quién otro?

—¿Por qué?

—No veo que...

—No ve usted más allá de sus narices. Si la entrego a los polizontes

la acusarán de allanamiento de morada. Y por si quiere saberlo, al gran bastardo lo liquidó una mujer. Pueden creer que fue usted. Dicen que el asesino vuelve siempre al escenario de su crimen. Todo un embrollo, lo mire por donde lo mire.

—Sólo trata de asustarme.

Él se encogió de hombros.

—Tal vez; ya la asustaré más todavía cuando llame al teniente Mac Cabe.

Se encaminó resueltamente hacia la mesita de noche, sobre la que había un teléfono blanco.

Ella le cerró el paso de un salto.

—¡Espere!

—¿Va a contarme ahora su historia?

—Sí... Creo que no tengo opción.

—De eso puede estar segura.

Ella se retorció las manos, inquieta.

—¿Tiene un cigarrillo, señor Nelson?

Cuando estuvo saboreando el humo, dijo:

—Mi historia se reduce a una cosa... Yo fui amiga de Angie hace algún tiempo. Cuando nos separamos, yo me quedé una llave de la puerta. Entonces no supe exactamente por qué lo hice..., estaba furiosa. Pero cuando leí que le habían matado, comencé a preocuparme... Angie era un bastardo retorcido. Quizá había guardado cualquier cosa mía que podría comprometerme si...

—¡Frene, nena!

—¿Qué?

—Esa sarta de embustes no cuela.

—¡No le miento!

—No dice una sola verdad, excepto quizá la de que fue amiga de Ross. Eso justificaría el hecho de que tuviera usted una llave. Lo otro es más falso que un billete de un dólar y medio.

—¡Cómo se atreve...!

—Si hubiera temido que Ross guardase cualquier cosa comprometedora para usted, no hubiera esperado tanto tiempo en venir en su busca. Usted sabía que la policía había pasado el apartamento por un tamiz.

—Pensé que quizá se les pasó por alto...

—Olvídelo. ¿Cree que nací ayer?

Ella desvió la mirada. Arrojó el cigarrillo a medio quemar sobre la alfombra. Glen lo aplastó con el pie.

—Empiece otra vez, y ahora diga la verdad. Este juego no es nada divertido.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Entonces lo dirá a la policía.

De nuevo se encaminó al teléfono. Lo había descolgado cuando ella se le aproximó y puso la mano sobre su brazo.

—Por favor...

El gruñó:

—¿Más embustes?

—Se lo diré... Después de todo, no creo que importe ya.

—Trate de que ahora sea algo parecido a la verdad, ¿sí?

Colocó el auricular en el soporte y se volvió.

Y la muchacha dijo apresuradamente, de un tirón, como si temiera que a la mitad de su parrafada le faltase el valor:

—Angie obtenía una fortuna todos los meses mediante chantaje y yo pensé que si encontraba su archivo...

Calló. La mirada de Glen centelleó.

—Ahora llegamos a alguna parte.

—Debí suponer que era una locura.

—Hubiera sido una locura en el caso de encontrar lo que buscaba.

¿Cree que una mujer como usted puede manejar un asunto de chantaje a gran escala sin que le rebanen el cuello?

Ella se estremeció.

—No pensé en eso. Quería dinero..., mucho dinero para desaparecer después y poder vivir una vida decente sin más estrecheces, sin tener que...

—Vamos, termine.

—Sin tener que exhibirme del modo que lo hago.

—¿Exhibirse?

—Soy bailarina de abanicos. Ya sabe lo que es eso.

—Ajá, lo sé. Debajo de los grandes abanicos de plumas no hay más que su cuerpo.

Ella asintió.

Glen rió.

—Le aseguro que me gustaría mucho ver su número... ¡Oiga! ¿Es usted Golden Trudy?

—Ése es mi nombre artístico.

—Encontré su contrato. No lo trataron muy bien.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Largarme de aquí. Y usted va a hacer lo mismo, nena.

Desde la puerta, una voz ronca dijo:

—Eso va a resultarle difícil cuando tenga un lastre de plomo en el cuerpo.

Giraron en redondo.

Había dos hombres allí. Ambos empuñaban pistolas cuyos cañones habían sido prolongados por sendos silenciadores.

CAPÍTULO IX

Trudy no pudo contener un chillido. Glen permaneció muy quieto.

—Esto está poblándose demasiado —gruñó.

El primer pistolero, el más cercano, dijo:

—Usted nos ha complicado la cosa, amigo. Debió quedarse en casa esta mañana.

—Eso mismo estaba diciéndome a mí mismo. Oigan, ¿qué es lo que buscan realmente?

—A ella —dijo el tipo, señalando a la muchacha con el largo cañón de la pistola.

Trudy, estremeciéndose, retrocedió un paso.

El otro forajido masculló:

—Entérate de quién es el tipo... antes de volarle la cabeza.

—Me llamo Nelson. Soy detective privado... de Los Angeles.

Los dos cambiaron una mirada divertida.

—¿Oíste eso, Minsky? ¡Un polizonte!

—Privado —puntualizó Minsky, burlón.

—De cualquier modo, se la buscó.

—Espera un minuto, Morgan... Quizá fuera mejor preguntar primero qué hemos de hacer. Ese tipo lo complica todo.

—Llama por teléfono si quieres, yo les vigilaré. Pero te apuesto doble contra sencillo a que el patrón dice que el tipejo debe ir a reunirse con sus antepasados.

Soltó una risita mientras su compañero se dirigía al teléfono.

Glen pensó en el revólver que llevaba en la sobaquera, pero mientras Minsky no se distrajera era una quimera pensar en sacarlo. Aquéllos eran matarifes profesionales y casi con toda seguridad no cometerían errores o descuidos.

De pronto, mientras Minsky marcaba el número en el teléfono, la muchacha balbució:

—¿Qué van a hacer conmigo?

—Gatita, tienes muy mala suerte. Lo siento.

—¿Quiere decir...?

—Exactamente eso es lo que quiero decir —rió el pistolero.

Por teléfono, Minsky dijo:

—La muñeca se coló en el apartamento de Angie Ross, patrón. Subimos tras ella. Éste era un lugar estupendo para hacerlo, pero aquí nos hemos tropezado con un tipejo... ¿Qué dice? No entendí con sus gritos... Sí, un fulano, Nelson, detective privado de Los Angeles. ¿Qué hacemos con él?

Escuchó un buen rato sin que se oyera vibración alguna por el aparato. Después, alguien le habló y Minsky emitió un par de monosílabos.

Colgó, volviéndose y balanceando su pistola.

—Lo mismo que ella —dijo—. Ésas son las órdenes.

Trudy dejó escapar un quejido.

Morgan barbotó:

—Entonces no perdamos tiempo.

La mente de Glen era un torbellino. Necesitaba tiempo, tiempo para que uno de ellos cometiera un error.

De pronto, exclamó:

—¡Un momento, Morgan! Hay veinte mil dólares aquí..., diez mil para cada uno si nos dejan escapar. Palabra que nos iremos al norte. Todo el mundo creerá que estamos muertos...

Minsky dio un brinco.

—¿Veinte mil pavos en este apartamento?

—Los descubrí cuando registraba todo esto.

—¿Dónde están?

—En el despacho.

Morgan gruñó:

—No lo creo. Es un cuento para ganar tiempo, Minsky.

—No podrá ganar más de un minuto... Vamos, tipo listo, muéstrame esos papiros. Tú quédate aquí y vigila a la chica.

Empujó a Glen con el largo cañón de su pistola.

El despacho, con todo su revoltijo, no parecía el mejor lugar para ocultar veinte mil dólares precisamente.

Minsky rió.

—Sácalos, amigo.

—Los oculté bajo ese montón de papeles cuando oí llegar a la muchacha...

Por primera vez, Minsky empezó a dudar. Sus ojillos de rata brillaron codiciosos.

—Si mientes, te haré tiras, figón —advirtió.

Avanzó resueltamente sin dejar de vigilar a su prisionero.

Glen parecía relajado. Se pasó la mano por la cara cuando el pistolero se agachó, revolviendo los papeles con la mano izquierda.

Glen bajó la mano en un gesto natural. Sólo que la mano adquirió una endiablada rapidez cuando desapareció bajo su solapa.

Minsky advirtió el peligro demasiado tarde. Olvidó los papeles y levantó la pistola.

Glen estaba saltando a un lado al tiempo que su barrigudo «Colt-Cobra» salía fuera de la funda.

Minsky disparó. El arma apenas produjo ruido, pero el pesado proyectil se incrustó en la pared con tremendo impacto, cerca de la cara del detective.

Desde la otra estancia, Morgan gritó:

—¿Qué haces, Minsky?

Éste abrió la boca para replicar al tiempo que volvía a tirar del gatillo.

Nunca llegó a pronunciar palabra. Glen disparó furiosamente y las dos balas le penetraron por la boca abierta, llevándose por delante la mitad de su cabeza.

Los estampidos estremecieron las paredes. Minsky, casi decapitado, rodó entre el caos de libros que cubrían el suelo.

Morgan rugió:

—¿Qué haces, idiota?

Glen saltó hacia la puerta. Apenas sin apuntar, disparó una vez contra el otro matarife, pero falló porque Morgan estaba moviéndose rápidamente.

Oyó el sordo chapoteo de la pistola provista de silenciador. Una bala arrancó astillas del marco junto al que estaba agazapado.

Morgan siguió disparando. Trudy chilló angustiada. Glen asomó la pistola y realizó dos disparos casi simultáneos. El tremendo ruido del revólver retumbó, atravesando las paredes y levantando toda la casa.

Morgan comprendió que si no escapaba le acorralarían allí. Echó a correr hacia la puerta de salida, histérico de miedo.

Una bala le detuvo en seco. Abrió los brazos intentando aferrarse a la vida. Luego cayó de bruces, estremeciéndose violentamente.

Glen, mascullando maldiciones, fue hacia él y le arrancó la pistola

de la mano de un puntapié.

—¿Quién fue el que habló por teléfono con Minsky? —preguntó, con voz seca—. ¿Me oyes, Morgan?

—¡Mué... rete!...

—Estás listo, granuja..., acabado. Si hablas, tu jefe te hará compañía en el infierno.

Morgan arañó la alfombra unos instantes. Después, sus dedos quedaron engarfiados y rígidos y ya no se movió más.

Glen sacudió la cabeza, mientras alguien aporreaba la puerta.

Se acercó a ella y gritó:

—¡Llaman a la policía, al teniente Mac Cabe, de Homicidios, y dejen de escandalizar!

Después volvió al dormitorio.

Trudy estaba recostada contra la cama. Una gran mancha de sangre empapaba su blusa debajo de los senos.

Nelson dio un salto hacia ella, angustiado.

—¡Trudy!

—El... disparó contra mí cuando... cuando tú...

—Les habían dado una orden y quiso cumplirla antes de huir...

¡Maldito! Pero no te muevas, voy a llamar un médico.

Ella movió la cabeza. Sus ojos semejabán de cristal.

—No..., llegaría tarde...

—¡Hemos de intentarlo!

—Es inútil..., siento un fuego aquí..., en el corazón...

El ahogó una sarta de maldiciones y se arrodilló al lado de la muchacha.

—Tranquilízate. Te sacarán ese plomo, ya verás...

—No..., lo sé. Escucha...

—No hables ahora.

—Te mentí.

Aspiró aire con dificultad. El no dijo nada y ella añadió:

—Angie y yo..., juntos...

—¿Juntos en el negocio del chantaje?

—Sí..., sí...; pero él nunca me dijo... dónde guardaba las fotos y... y todo lo... demás...

—Trudy, ¿le mataste tú para apoderarte de todo eso?

—No..., no..., yo no.

—¿Sabes quién fue?

Movió apenas la cabeza de un lado a otro. Luego prosiguió, cada vez más débilmente, casi sin voz:

—Era una fortuna... cada mes..., desde... desde aquello de... de Las Vegas...

El dio un respingo.

—¿Dos años y todo empezó en Las Vegas? ¡Trudy!

—Si lo hubiese encontrado...

Su cabeza se dobló a un lado y todo acabó.

Glen se irguió. Las palabras de la muchacha martilleaban su mente una y otra vez, mientras a lo lejos empezaba a oírse el estridente alarido de una sirena policíaca...

CAPÍTULO X

Mac Cabe gruñó:

—Voy a darle un consejo, Nelson: regrese a Los Angeles y déjenos en paz. No quiero que vaya sembrándonos de cadáveres toda la ciudad.

—¿Qué quería, que me dejara convertir en un colador por ese par de matarifes profesionales?

—Hasta ahora no tengo más que su versión de lo ocurrido.

—¿Quiere decir que piensa que yo los tumbé sólo porque no me gustaba su cara?

El policía hizo una mueca.

—Olvídelo. Me preocupa la polvareda que levantará este asunto. A la gente no le gusta que nadie vaya por ahí disparando tiros.

Glen se encogió de hombros.

—Tampoco me gusta a mí, sobre todo si soy el blanco de esos tiros. Pero reconozca que gracias a mí ahora sabe usted con certeza que Ross se dedicaba al chantaje en gran escala.

—Es un paso adelante en la investigación, y un posible motivo para su asesinato, pero no hemos adelantado nada en cuanto a descubrir al criminal.

—Eso es cuenta suya. No espere que le haga yo todo su trabajo. A mí me pagan para encontrar a una muchacha, eso es todo.

—Entonces, dedíquese a buscarla y no vuelva a aparecer por aquí. Yo me las entenderé con los reporteros.

—Está bien, teniente. Tal vez nos veamos alguna otra vez.

—¡Seguro que nos veremos! En la encuesta —añadió, ceñudo—. Le enviaré una citación a su oficina cuando se celebre.

Glen se marchó, disgustado. El rastro de Gladys se había evaporado en el aire y volvía a hallarse como al principio.

De regreso al hotel se preguntó qué pudo decirle a la muchacha un individuo como Angie Ross, para que ella acudiera tan prestamente a la cita.

Debió ser algo endiabladamente convincente..., pero algo que sólo ella podría aclarar si alguna vez conseguía localizarla.

Caminaba cabizbajo por la acera, pensando furiosamente en el dilema que terna planteado, cuando tuvo la inspiración.

Recordó que al registrar a los dos pistoleros muertos, el teniente había sacado cuanto tenían en los bolsillos, dejándolo sobre una mesa.

Entre los escasos papeles que llevaba Minsky había un recibo del alquiler de un piso en la calle Folsom, y Mac Cabe había comentado que en esa calle estaba el Latín Quartier y que no era un lugar precisamente recomendable.

Obedeciendo a su instinto, llamó un taxi y se hizo conducir a la dirección que recordaba perfectamente.

Era seguro que Mac Cabe no iría allí hasta que terminase con todos los trámites en el apartamento de Angie Ross. Si había algo en el domicilio ocasional de los pistoleros capaz de conducirle hasta el hombre que les había ordenado matarle, quería saberlo.

La calle Folsom era un vertedero que olía a diablos. Las aceras estaban abarrotadas de una multitud de aspecto derrotado e inquietante.

Las tabernas, los *bistros* y los tugurios se sucedían en una puerta sí y en otra también. Vaharadas de las freidurías italianas brotaban de todas partes casi con tanta profusión como los alaridos de los tocadiscos automáticos de cada establecimiento, puestos a todo volumen.

Abandonó el taxi y buscó el número que recordaba. Correspondía a un edificio de tres plantas. La fachada lucía enormes desconchaduras, la escalera era estrecha, oscura y maloliente, y de los rellanos brotaban voces de mujeres y gritos de hombres indignados o borrachos.

Subió hasta el último piso y escuchó con la oreja pegada a la puerta. En el interior estaba silencioso, en contraste con todos los demás.

Primero llamó con los nudillos. No obtuvo respuesta.

Luego examinó la cerradura. No era ninguna obra de arte, y cinco minutos después la había violentado.

Entró con cautela, llevando el revólver en la mano. El revólver en que sólo quedaba un cartucho.

Las cortinas estaban corridas y reinaba una sucia penumbra que recortaba las formas de los muebles, baratos y deslucidos.

Debía darse prisa en registrarlo todo sin dejar rastro de su paso, porque cuando Mac Cabe terminara en casa de Ross, sin duda alguna iría a dar un vistazo al domicilio que fue de los dos matarifes que estaban ya en la Morgue.

Pasó del reducido vestíbulo a una sala-comedor y cocina, todo en una pieza. Aquello no ofrecía demasiadas posibilidades.

Abrió una puerta y dio un vistazo. Correspondía a un dormitorio con un armario, una silla y una cama sin colchón.

Sobre la cama, amarrada de manos y pies a ella, había una mujer.

Glen dio un salto adelante. Los grandes ojos grises y asustados le miraban llenos de espanto. Una sólida mordaza cubría su boca y el rostro era tan pálido como el de un cadáver.

—Hola, Gladys —dijo, inclinándose sobre ella—. ¿No se acuerda de mí?

La muchacha parpadeó.

La habían despojado de sus ropas, seguramente porque, pasara lo que pasase, no pensara en huir.

O quizá por otros sucios motivos.

El la recorrió con la mirada mientras la libraba de las ligaduras. Era mucho más hermosa de cuanto recordaba, con una vitalidad juvenil y pujante en todo su cuerpo.

Finalmente, la libró de la mordaza, no sin arrancarle un grito de dolor.

—Ya pasó, pequeña..., tranquilícese.

Ella se incorporó poco a poco, como aturdida.

—Usted —musitó—. Nunca le olvidé.

—Confieso que yo también la recordaba a menudo, a pesar de no haberla visto nunca con tanto detalle como ahora.

—¡Oh!

—No se inquiete. A pesar de todo, soy un tipo civilizado. Nunca tomo a la fuerza nada que no quieran darme voluntariamente. Pero será mejor que se vista si hemos de salir de aquí. ¿Sabe dónde pusieron sus ropas?

—No... Se las llevaron cuando me amarraron aquí.

—Éste... ¿Le ofendieron de algún modo esos dos orangutanes?

Ella sacudió la cabeza.

—No... Y eso fue extraño. Pensé que su idea era ultrajarme, pero todo lo que hicieron fue mirarme. Aunque pensándolo bien, me

ultrajaron realmente solo con sus asquerosas miradas.

—Si eso le sirve de consuelo, los dos han muerto.

—¿Muertos? Dijeron que...

—¿Sí?

—Alguien les mandó buscar a una mujer y matarla. Se reían mientras comentaban la manera como pensaban hacerlo. Creí morirme.

—Pero a usted no le hicieron ningún daño.

—No.

—Está bien, ya quedará tiempo de hablar. Hemos de largarnos de aquí. Oiga, ahora que se me ocurre..., me gustaba usted más con sus cabellos negros.

Ella sonrió por primera vez. La dejó sola mientras buscaba sus ropas. Las encontró hechas un revoltijo en otra habitación.

—Aquí tiene... Vístase, pero aprisa.

—¿Cómo me encontró?

—Es largo de contar. Pero le diré que fue su madre quien me contrató para buscarla...

Se acercó a la ventana para dejarla en libertad de vestirse más sosegadamente. Estaba profundamente impresionado por la belleza que había contemplado durante aquellos largos minutos.

Cuando ella terminó, fue a colocarse a su lado, y dijo:

—Señor Nelson, me gustaría encontrar la manera de agradecerle esto...

—Yo le diré cómo puede agradecérmelo, pero ni ahora ni aquí. Vamos.

Abandonaron el piso rápidamente. En la calle se mezclaron entre la multitud y sólo entonces ella respiró con profundo alivio.

—A pesar de lo mal que huele esta calle, me siento feliz de transitar por ella —comentó, con voz temblorosa.

—Lo comprendo. Ahora dígame cómo la capturaron y dónde.

—Ésa es otra cosa espantosa, señor Nelson...

—Llámemme Glen. Usted y yo vamos a ser muy buenos amigos de ahora en adelante.

—Glen... Así le llamaba cuando pensaba en usted, desde aquella noche que golpeó a Talbot.

—Eso parece que fue del agrado general, pero no nos desviemos.

—Sí... Fue en el apartamento de Ross donde esos dos horribles

individuos me detuvieron...

—Cuénteme cómo fue.

—El me localizó, todavía no sé cómo. Pienso que alguien debió seguirme, aunque yo estaba segura de que había conseguido dejar atrás a los hombres que me espiaban por cuenta de Talbot. Bien... Me llamó por teléfono, diciéndome que fuera a verle, que me recordaba desde la boda de mi hermana y que tenía algo sumamente importante que comunicarme. Fui, naturalmente.

—¿Y...?

Ella se estremeció. Pasó su brazo bajo el de él como si quisiera sentir la seguridad de su fortaleza o de su proximidad.

—Cuando llegué, la puerta estaba solo entornada. Pensé que él la había dejado así porque estaba esperándome, y entré... ¡Dios! Fue espantoso...

—Siga, Gladys.

—Angie Ross estaba muerto, sentado en una butaca de respaldo alto. Tenía sangre en el cuello, aunque no pude ver la herida. Había copas de champán sobre la mesa, y una botella y un paquete de cigarrillos... Estuve a punto de desmayarme y salí corriendo.

—¿Logró salir del apartamento?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Cuando llegué a la puerta, esos dos horribles matones estaban allí. Acababan de entrar y me cazaron brutalmente. Después registraron mi bolso, leyeron mis documentos y consultaron a alguien por teléfono. Debí darles instrucciones, porque me llevaron con ellos a ese sórdido piso y allí he permanecido todo el tiempo.

—¿Está segura que pidieron instrucciones respecto a lo que habían de hacer con usted?

—Sí..., les oí hablar.

—Imagino que no sabe con quién hablaron...

—No..., no pronunciaron nombres, excepto el mío, claro.

Anduvieron un trecho en silencio, hasta que Glen llamó un taxi y le dio orden al chófer de conducirles a su hotel.

—Va a permanecer un poco más fuera de la circulación, querida. La policía quiere encontrarla para interrogarla respecto a su cita con Ross, y por el momento no quiero que eso suceda. ¿Entiende?

—¿Por qué? Él ya estaba muerto cuando yo llegué.

—Lo creo, pero los polizontes son más quisquillosos. Usted es quien

afirma que ya le habían matado... Convencer a la policía le costaría más que convencerme a mí. Por otra parte, si ahora usted se presenta habrá publicidad. Todo el mundo sabrá dónde encontrarla con sólo leer los periódicos, y yo quiero mantenerla fuera del alcance de la gente que tiene tanto interés en echarle el guante.

—Comprendo... No sé cómo pagarle lo que está haciendo por mí.

—Le pasaré factura, puede estar segura.

—Glen.

El ladeó la cabeza, mirándola.

—¿Sí, linda?

—Gracias. Por todo.

—Ya me las dará cuando llegue el momento.

Se recostó en el asiento y ya no volvieron a hablar hasta llegar a destino.

CAPÍTULO XI

Gladys salió del baño envuelta en la bata de él. Parecía perdida dentro de tanta tela, y había una expresión azorada en su rostro.

—Huelo a café —murmuró, deteniéndose en mitad de la habitación. El se enderezó en la cama, donde se había tendido sintiéndose terriblemente cansado.

—Pedí café y emparedados mientras usted se bañaba. Están sobre la mesita... Oiga, esa bata, sobre su cuerpo, parece un modelo de París.

—No se burle. Me siento ridícula, ¿sabe?

—Está adorable. De todos modos, no tardarán en traerle su ropa limpia y planchada. Ande, coma, querida.

La contempló recostado sobre un codo. Empezó a inquietarse por lo que creía sentir hacia aquella muchacha adorable que el destino había vuelto a cruzar en su camino.

Cuando Gladys terminó con todo, se volvió.

—¿No puede dejar de mirarme de ese modo? —murmuró, sonriendo ligeramente—. Me pone tan nerviosa...

—¿A pesar de estar cubierta hasta la barbilla? Debió ponerse nerviosa cuando la encontré en aquella cama, digo yo.

—Entonces estaba demasiado aterrorizada para sentir nada más.

Se levantó y fue hacia él.

—Deme un cigarrillo, Glen, por favor. Es lo único que me falta para volver a sentirme viva.

Se lo encendió.

—Siéntese aquí. Quiero que hablemos.

Ella se dejó caer en el borde del lecho.

Suavemente, él le pasó la mano por el largo cabello. La muchacha sintió un extraño cosquilleo en todo el cuerpo y se estremeció.

—Hábleme de su hermana, de Talbot, de aquella primera noche que pasó usted en la fiesta de esponsales...

Gladys se puso rígida como una tabla.

—No —dijo—. No quiero recordar nada de eso.

—Es preciso, créame.

Ella volvió la cabeza hacia él.

—Es demasiado horrible... Tan sórdido, tan sucio...

—A pesar de todo.

Sacudió la cabeza.

—No, Glen, por favor.

Inesperadamente, el detective le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él sin que ella pudiera resistir. La miró un instante a los ojos, profundamente.

Al fin, musitó:

—Te lo diré.

Se recostó sobre su pecho, tendida junto a él. Sus largos cabellos rubios, todavía húmedos, cosquilleaban las mejillas del detective.

—La boda fue algo increíble... Talbot organizó una caravana de «Rolls Royce» cubiertos de flores blancas. Una orquesta instalada sobre un camión también adornado con flores tocaba sin cesar... Eso fue por la tarde, al anochecer.

—Sigue, pequeña.

—Después vino el banquete, servido en los jardines del rancho. Me hizo pensar en todo lo que he leído sobre la Roma corrompida y todo eso. Había periodistas por todas partes mientras comíamos. Después, unos hombres ceñudos que yo no había visto hasta entonces los sacaron de allí sin contemplaciones...

—Y terminó la cena y empezó la orgía. ¿No es así?

—No es tan sencillo... Habían traído mujeres de los hoteles... para que hicieran pareja con los invitados que habían llegado solos. Talbot ordenó que bailaran desnudas bajo los focos, alrededor de la piscina... Eso desencadenó todo lo demás. Fue nauseabundo, horrible. Nunca pude imaginar que la perversión humana pudiera llegar a tales extremos de bajeza, Glen.

El cabeceó, acariciándole las manos.

—Tranquilízate, pero continúa.

—Mi hermana había bebido mucho, más que todos quizá. Se quitó el vestido blanco y lo repartió a trozos entre los invitados. Entonces huí de allí, tomé un coche y regresé a Las Vegas..., aunque hube de salvar los controles establecidos por los vigilantes del rancho.

El suspiró.

—Y eso fue solo en la primera noche...

—Sí, Glen.

—Tu madre me dijo que Talbot estuvo asediándote tiempo después.

—Es cierto... ¡El sucio bastardo!

—¿Pensaba divorciarse de tu hermana?

—Seguramente. ¡Oh, Glen, si vieras en lo que se ha convertido Myra!...

—¿Qué quieres decir?

—Es una sombra de lo que fue. Su piel está ajada, sus ojos parecen los de... de una muerta. Tiene apenas veintisiete años y aparenta cincuenta. Es horrible lo que ese hombre puede hacerle a una mujer... El y sus desenfundadas bacanales.

—Está bien, no te inquietes más. Aquí estás segura.

—Pero no puedo permanecer oculta el resto de mi vida. Y entonces él me encontrará y volverá el asedio..., la inquietud y el asco. ¡El asco, Glen, créeme!

—Linda, eso terminó ya.

—No sabes lo que estás diciendo.

Él se recostó sobre un codo y la besó en la boca largamente.

—¿Crees que le dejaré que te arrebate de mi lado? —murmuró después.

—No podrás luchar contra él. Es poderoso, carece de escrúpulos, le obedecen hasta las autoridades... Tiene todos los resortes del poder entre sus sucias manos.

—Afortunadamente, yo no soy una autoridad a la que pueda manejar con su poder y sus millones. Le convenceré para que te deje en paz.

—Sueñas, pobre Glen. Te hará pedazos si lo intentas.

—¿Has olvidado aquella noche?

Ella estaba mirándole al fondo de sus ojos, acerados y duros ahora.

—No..., nunca la olvidé.

—Entonces ya sabes el modo como hay que tratarlo.

—¿Le dirás simplemente que me deje tranquila? —se mofó ella.

—Le diré que te amo, que estoy loco por ti y que eres mía. También le diré sin rodeos lo que haré con él y sus podridas entrañas si vuelve a acordarse siquiera de tu nombre..., aparte de algunas cosas más.

—Glen...

—¿Qué, nena?

—Repítelo.

Él sonrió.

—¿No me oíste?

—Sólo la primera parte de lo que piensas decirle.

—Es mejor que te lo diga a ti directamente. Estoy loco por ti, te amo y quiero que seas mía. Lo demás no importa ahora.

—Glen..., me gustaría tanto que eso fuera cierto..., que después no pensaras que te precipitaste a causa de las circunstancias que han vuelto a unimos...

—No soy ningún niño. Sé lo que quiero en todo momento.

—¿Un niño? Casi eres un anciano... Tienes cabellos grises.

—Los teñiré.

—Y muchos más años que yo...

—Me quitaré todos los años que tú digas.

Gladys rió y alborotó los crespos cabellos del detective, que se inclinaba sobre ella.

—Lo harás —susurró—. Y yo te amaré.

Él se enderezó, respirando profundamente.

—Eso es todo lo que quería saber.

—¿Es que vas a irte ahora?

—A Las Vegas.

—¡Glen!

—Vas a quedarte aquí. Te inscribiré como señora Nelson, ¿comprendes? Estarás segura hasta que yo vuelva, y para entonces ya no tendrás nada que temer.

—Pero...

—No protestes. Acostúmbrate a portarte como una buena esposa desde ahora, ¿sí?

—Haré una buena representación. Convenceré a todo el personal del hotel, te lo prometo.

El suspiró.

—Mejor convénceme a mí primero. ¿No te parece?

Ella subió los brazos lentamente hasta juntar las manos detrás de la nuca de Nelson. Empezó a tirar hacia abajo, sonriendo, los ojos brillando como diamantes.

—También lo haré —susurró.

Y sus labios se encontraron.

CAPÍTULO XII

Alrededor de la deslumbrante piscina, en el hotel Pioner, se agolpaban los turistas tratando de disimular la voracidad con que sus ojos se iban detrás de las muchachas con bikini.

Glen dejó la habitación llevando un corto albornoz y su *slip* de baño debajo.

Había provocado casi un colapso en el director cuando se inscribió a su llegada. Luego, el hombre recordó su ofrecimiento de dos años antes y acabó sonriendo profesionalmente.

Y aquí estaba, irrumpiendo en la piscina entre cuerpos que eran los dos extremos del color. Los extremadamente tostados de las muchachas habituales de la piscina, y los muy blancos de los recién llegados del Este.

Los había también enrojecidos. Éstos correspondían a los que llegaron unos días atrás y habían querido tostarse demasiado aprisa. Glen buscó un lugar apartado, donde reservó una mesa. Se despojó de su bata y empezó a rodear la piscina, mirando sin disimulo a cuanta mujer de cuerpo estatuario y piel bronceada encontraba a su paso.

Hasta que descubrió a April. Estaba tendida junto a un parasol. Tenía los ojos cerrados y parecía dormir.

Glen se sentó a su lado. Ella runroneó:

—Déjeme en paz, sea quien sea...

La muchacha parpadeó, deslumbrada y tratando de enfocar la mirada.

Tardó apenas unos segundos en reconocerle. Entonces se incorporó de un salto, quedando sentada a su lado.

—¡Tú..., Glen Nelson!...

—¿Averiguaste mi apellido?

—No fue nada difícil..., pero ya te habías ido. ¿Cuánto tiempo hace de eso, querido?

—Dos años.

—¿Ya? Estoy haciéndome vieja.

—Tú no serás nunca vieja. Sólo mírate al espejo y rejuvenecerás.

—Pamplinas. ¡Oh, diablos, Glen!

Le echó los brazos al cuello y le besó en los labios sin importarle quién estuviera mirando.

—Modérate si no quieres que vuelvan a expulsarme del hotel, pequeña.

—¡Al demonio con eso! ¿A qué has venido? No necesitas decirme que por mí, querido, aunque si lo dijeras me harías feliz.

—He volado desde Los Angeles en tu busca.

—¡Oh, Glen!...

—Puedo jurarlo sobre una Biblia si quieres.

—Estás mintiéndome, pero me gusta tanto que me mientas así...

—Abril, he venido para hablar contigo. No me gusta mentir y por eso te diré que mi venida no se debe a ansias amorosas. Cierto que eres una mujer de soberbia belleza capaz de llevar locos a los hombres, pero yo ya soy bastante loco sin necesidad de ningún estímulo.

—¿Sabes una cosa, Glen? Creo que te he querido un poquito desde que te conocía. Nada serio, por supuesto, pero una se encariña a veces..., ya sabes.

Calló, porque a pesar del tono despreocupado de su voz, él advirtió el sospechoso brillo de sus pupilas.

Tras unos instantes de silencio, dijo:

—Ahora veamos qué pretendes, querido. Con todos los demás tipos siempre sé lo que quieren, pero tú eres la excepción.

—¿Recuerdas la nota que dejaste en el bar aquel día?

—Sí... Confieso que me costó decidirme. Estuve a punto de negarme a asistir a la fiesta, a pesar del montón de dinero que nos ofrecieron por adelantado.

—Eso es lo que ando buscando.

—¿La nota? Tú estás loco.

—La fiesta.

Ella achicó sus ojos húmedos.

—Glen...

—No puedo explicarte ahora todas mis razones, pero quiero saber lo que sucedió allí después de la primera noche.

—¿Y por qué no esa primera noche?

—Porque eso ya lo sé.

Ella se estremeció.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Todo?

—Casi todo.

—¿También lo que nos obligaron a hacer a nosotras?

—Sí.

April asintió, desviando la mirada.

—Eso fue solo el principio —dijo, hablando muy despacio—. Lo demás es mucho más sucio. Me da náuseas pensarlo siquiera.

—April, no pretendo saberlo. Lo que quiero es que me digas si durante la orgía de aquellos tres o cuatro días con sus noches viste algo fuera de lugar, algún hecho que se saliera de lo corriente dentro del inconfesable delirio que Talbot organizó.

—Todo resultó fuera de lo corriente... No lo creerías si te lo contara.

—¡Maldita sea! No quiero saberlo. Puedo imaginar lo que... Bueno, si algo pasó, debió salirse de todos los controles.

—Glen...

El la miró francamente a los ojos.

—¿Cómo lo supiste?

—¿Cómo supe qué?

—Aquello tan horrible.

—Espero que me digas a qué te refieres.

—Pero tú sabes que pasó algo espantoso...

—Todo lo que sé es que sea lo que fuere que sucedió, debió ser superior a la orgía, a la bacanal y al desenfreno. Tan grave que motivase un chantaje que ha durado dos años... Un chantaje que no estuviera basado en la acostumbrada orgía de Talbot y su rebaño de viciosos. Ni él ni ninguno de esos tipos hubiera pagado una fortuna por ocultar sus desvíos sexuales. Son demasiado depravados... o demasiado influyentes. ¿Qué fue, nena?

—Jamás he hablado con nadie de esto... hasta ahora.

El asintió.

—Tuviste miedo.

—Sí. Y lo tengo todavía.

—Nadie sabrá nunca que has sido tú quien me lo ha contado.

—Muy bien, Glen. Es una cosa que me ha atormentado desde entonces...

El esperó pacientemente, sabiendo que ella necesitaba un poco de tiempo para decidirse.

Y al fin, April dijo:

—Los enviados de Talbot nos llevaron a la fiesta, eso ya lo sabes...

—Continúa —la animó él.

—Dos de las chicas se asustaron. Se dieron cuenta de que se habían metido en un infierno, en algo inaudito que nadie en su sano juicio puede comprender... Bueno, trataron de huir, histéricas, vomitando, empavorecidas...

—¡Acaba!

—Yo me había ocultado tras unos cortinajes, en el primer piso. Una de las muchachas apareció dando gritos. Tras ella, uno de los vigilantes la seguía y la alcanzó en el rellano. Le dio un bárbaro empujón y la desgraciada cayó escaleras abajo y se rompió el cuello.

—Ya veo... ¿Y la otra?

—Cayó por una ventana, también cuando trataba de huir.

—¿Cayó?

—Alguien debió empujarla.

—¿Qué más viste?

—Eso fue todo. Aproveché la momentánea confusión para escabullirme. Me encerré en una habitación, y cada vez que alguien pretendía entrar, simulé estar acompañada y me dejaron en paz.

—Comprendo. Eso es todo lo que quería saber.

—Glen, ¿qué vas a hacer?

—No te gustaría saberlo.

La besó fugazmente en los labios y se levantó.

—¡Espera!

Ella se irguió también. Estuvieron mirándose casi un minuto sin hablar.

—Bien, pensaba que ya estaba curtida —dijo ella al fin—, pero me equivoqué. Todavía soy capaz de perder la brújula por un hombre..., y no sé si alegrarme o maldecirme.

—Habrás de decidirlo tú sola, April.

—Sí, todas mis decisiones he debido tomarlas siempre sola. ¿No volveré a verte?

—No lo sé. Posiblemente no.

Ella asintió con un gesto.

—Ojalá no hubieras vuelto, Glen.

Repentinamente, se abrazó a él y ocultó la cara en su hombro.

—No me creas —musitó, con voz rota—. Siempre deseé verte otra vez...

—April...

Le besó. Fue un beso llameante y rápido. Luego, apartándose, barbotó, presa de súbita ira:

—¡Márchate, Glen! Vete y no vuelvas nunca más... ¡Vete!

—Adiós... y buena suerte.

Se alejó. Algunos de los que habían estado observándoles le siguieron con la mirada, sorprendidos.

Tras él, la muchacha echó a correr y desapareció en los vestuarios para ocultar allí su desesperado llanto, su frustración, su sueño roto tal vez, sabiendo que a pesar de todo volvería al día siguiente junto a la piscina, a exhibirse, a continuar la acostumbrada rutina, esperando...

Pero por lo menos podría conservar un recuerdo limpio en medio de tantos sucios.

El recuerdo de un hombre que no la había mirado con ojos turbios de deseo, que la había aceptado tal como era y que en todas sus palabras había demostrado un afecto sincero.

Ese recuerdo la acompañaría mucho tiempo, confortándola quizá en sus noches solitarias, cuando pudiera volver a encontrarse a sí misma.

Era suficiente.

Aunque ella hubiera deseado más que eso, mucho más.

CAPÍTULO XIII

Atravesó el portón flanqueado por los dos pelados cráneos: el del hombre y el de la bestia.

Nada había cambiado, pero algo iba a cambiar dentro de poco.

Condujo el coche alquilado por la pista asfaltada durante un par de millas, hasta el grupo de árboles que recordaba. Antes de llegar a ellos apagó los faros, maniobró y el auto quedó oculto en la reducida espesura; por lo menos, oculto durante el resto de la noche.

De día sería fácil de descubrir.

Pero si al nacer el día el coche continuaba allí, él ya no estaría en condiciones de devolverlo a la agencia de alquiler.

Continuó el camino a pie, apartándose de la ruta marcada. Excepción hecha del grupo de árboles y de la soberbia vegetación que rodeaba el edificio de Talbot, todo lo demás era desierto.

Vio luces mucho antes de llegar. Luces mucho más discretas que las que inundaran de brillante claridad todo aquello dos años atrás.

Adoptó algunas precauciones cuando se internó por la bien cuidada vegetación de los jardines. Talbot debía mantener guardianes durante todo el año, no sólo durante sus desenfundadas fiestas.

Vio al primero cuando llegó cerca de la piscina. El hombre estaba recostado contra un árbol y fumaba distraídamente un cigarrillo.

Glen dio un gran rodeo para poder llegar cerca de él sin ser visto, y entonces esperó agazapado, el revólver empuñado por el cañón y unas ansias incontenibles que le empujaban a saltar.

El vigilante apuró el cigarrillo, tiró la colilla y la aplastó bajo su pie, enderezándose.

Entonces se apartó del tronco del árbol y dio unos pasos, disponiéndose a realizar una de las acostumbradas rondas.

En aquel instante, Glen saltó.

Lo hizo igual que un tigre en la selva, silencioso, rechinando los dientes.

El guardián ni siquiera le vio. Empezaba a volverse cuando recibió el tremendo culatazo.

Se desplomó sin un quejido, removiéndose en el suelo.

Glen descargó un segundo mazazo y el tipo quedó inerte.

Le registró, apoderándose de una pistola automática que arrojó a la piscina. Tras esto, le ató con el cinturón, y tras amordazarlo, le ocultó entre los espesos arbustos del jardín.

Una puerta lateral estaba abierta y se coló por ella resueltamente.

Comunicaba con una sala en la que había algunos sillones, un par de mesas y media docena de sillas. Aquello debía ser el comedor del servicio.

La atravesó para desembocar en una cocina desierta.

Cinco minutos más tarde estaba en la parte central de la gran casa.

Vio a una sirvienta bajar las escaleras y desaparecer por un pasillo.

Escuchó un vago rumor de voces.

Atravesó el vestíbulo y siguió el camino que antes recorriera la muchacha vestida con un uniforme negro.

Tras una puerta había luz. Recordó otra noche, hacía dos años...

Abrió con infinito cuidado. Por la rendija vio el bar, los estantes con botellas, las librerías, los cuadros... y al hombre sentado en un taburete junto a la barra.

Siguió empujando silenciosamente la puerta. No había nadie más en la estancia.

Frederick Talbot Mingus parecía abstraído en profundas meditaciones, pero su rostro y todo su aspecto había cambiado.

Sus cabellos eran más ralos y estaban surcados por numerosas canas. La mandíbula había caído con la marcha de aquellos dos años y su piel, antes rolliza, estaba ahora ajada, cubierta por una red de finas arrugas.

Glen avanzó cautelosamente unos pasos y dijo:

—¿Piensa quizá en futuras orgías, Talbot?

El hombre dio un respingo, volviéndose.

Parpadeó. Sus ojos mortecinos estaban rodeados de círculos violáceos. El rostro no era más que una máscara disipada y destruida por la depravación y los excesos de toda índole.

—¿Quién...? —se interrumpió para preguntar—: ¿Quién le ha dejado entrar sin anunciarlo siquiera?

—No sólo su físico se ha arruinado, sino también su memoria. Pensé que me recordaría.

Cerró la puerta y se acercó al millonario.

—No comprendo cómo entró. Debieron avisarme... Pero ya arreglaré esa negligencia de mis sirvientes.

—Mucho me temo que va a tener cosas mucho más importantes que arreglar, Talbot. ¿No me invita a un trago? Bebería cualquier cosa, excepto vitriolo, claro.

—Le he visto en alguna parte...

—Aquí.

Talbot alargó la mano y tomó el largo vaso rebosante de licor. Lo estudió unos instantes como preguntándose qué debía hacer con él, si beberlo o tirarlo a la cara de su visitante.

Acabó por llevárselo a los labios y engullirlo casi por entero.

Después, murmuró:

—Usted es Nelson.

—Ajá.

Cabeceó. Parecía muy preocupado.

Atrapó la botella y llenó de nuevo el vaso. Cuando tanteó en busca del recipiente del hielo, advirtió que éste estaba derretido y soltó un juramento.

Glen rodeó el mostrador y tomó un vaso para él.

Sacó hielo del pequeño refrigerador especial y llenó el cubo.

Estaba saboreando el primer trago cuando el millonario gruñó:

—Jamás pensé que volvería a verle, Nelson. Fui demasiado blando con usted.

—¿Blando?

—Cuando yo termino con un desgraciado como usted, lo hago definitivamente.

—Reconozco que hizo un buen trabajo... las dos veces.

—¿Dos veces?

—La primera, cerrándome todas las puertas en Nueva York. Me despidieron y ninguna otra agencia se atrevió a contratarme, a pesar de que yo era uno de los mejores investigadores de la ciudad.

—Eso no fue suficiente.

—No, ni mucho menos. Para acabar con un tipo como yo hay que enterrarlo, Talbot.

—Ésa es una gran verdad.

—Y también en eso fracasó.

—¿Yo quise enterrarle?

—No exactamente. El trabajo de enterrarme pensó usted dejarlo en

manos de su policía de San Francisco.

—Está hablando en chino...

—Le consultaron por teléfono, Talbot. Pidieron instrucciones respecto a lo que debían hacer conmigo..., y usted les ordenó tratarme como a Golden Trudy... Un tratamiento de plomo. Sólo que su gente, ese cuerpo de vigilantes especiales que mantiene usted, son expeditivos a la hora de cazar incautos en sus tierras, pero no tienen nada en la cabeza. Fallaron.

El millonario vació el vaso en dos sorbos. Glen pensó que con todo aquel *whisky* en el cuerpo caería redondo al suelo, pero el hombre empujó el vaso vacío hacia él y sólo dijo:

—Llénelo.

Lo hizo. Podía permitirse el gusto de hacerlo teniendo en cuenta lo que preparaba.

—Ahí tiene, Talbot, y ojalá reviente.

El potentado tomó el vaso y lo levantó en un mudo brindis.

Después murmuró:

—¿Qué otra cosa hice, según su delirante imaginación?

Glen sonrió. Iba a hablar cuando advirtió un leve movimiento de la puerta entornada. Había alguien allí, posiblemente escuchando, o esperando el momento oportuno para intervenir a favor del dueño de la casa.

Dejó el vaso con calma, en un gesto natural, y se echó atrás, recostándose en la pared que tenía detrás.

—Usted ha llegado a creerse poco menos que un dios, Talbot. Un dios de barro, por supuesto. Usted tiene tanto poder que puede hacerlo todo, por sucio y denigrante que sea..., como perseguir durante meses a Gladys Jerome, acosarla hasta la locura y ordenar que fuera raptada cuando sus esbirros la cazaron. ¿Cómo pensaba obtenerla, con todo el odio, el desprecio y el asco que ella sentía hacia usted? No sería mediante otra boda tan escandalosa como la última que celebró...

¿Por la fuerza, amarrada de pies y manos en un lecho de hierro de una habitación sucia y maloliente? Así estaba cuando yo la liberé.

—¿Que usted...?

—Maté a sus dos esbirros, Talbot, aunque no pude impedir que asesinasen a la bailarina de abanicos. Esa parte de sus órdenes la cumplieron. Luego encontré a Gladys y la puse en lugar seguro. Y

ya que estamos en eso, déjeme decirle que su delirante sed de poder le llevó demasiado lejos. El asesinato de Golden Trudy fue perfectamente inútil. Ella trabajaba para Angie Ross, pero no sabía una palabra del archivo de su socio... Ross no se fiaba de nadie. Las pruebas que poseía contra usted y sus corrompidos amigos debían ser en verdad explosivas, pero la pobre muchacha ignoraba el escondrijo, como lo ignoraba usted..., como sigue ignorándolo.

—Habla como si usted sí lo conociera.

—Yo sé cómo encontrar ese material, Talbot. Y cuando lo encuentre haré que toda esa basura de revistas de escándalo que existen en el país publique la historia y las fotografías, si las hay. Será la primera vez que esas chismosas harán un trabajo honesto.

—Está usted loco...

—¿De veras?

—Si sabe cómo obtener el material de Ross, puede hacerse rico.

—No me interesa esa clase de riqueza. Lo único que quiero, y lo conseguiré, es hundirle a usted y toda su maldita ralea, Talbot. Le advertí una vez que yo juego muy rudo cuando me obligan, y ahora va a comprobarlo.

El millonario sacudió la cabeza.

—No hará nada de eso.

—Acabe su bebida, Talbot. Tengo un programa especial para usted.

—Nunca saldrá de aquí vivo. Tengo vigilantes en el exterior, en la carretera, en todas partes. Gente fiel, bien pagada...

—Y ligera con el gatillo. No le servirán de nada porque usted está acabado.

Glen apuró el resto de licor que quedaba en su vaso.

La puerta se abrió poco a poco y una mujer quedó bajo el umbral.

Talbot estaba de espaldas y no la vio, pero Nelson pudo contemplarla bien durante los instantes que ella tardó en moverse.

Gladys había tenido razón. Aquella mujer aparentaba casi cincuenta años, a pesar de que ni siquiera llegaba a treinta.

Tenía los ojos tan apagados que daban escalofríos, y la piel de su rostro parecía a punto de caerle a trozos.

—Ha sido una conversación muy edificante —dijo de pronto, echando a andar hacia ellos.

Talbot masculló algo y ladeó la cabeza para verla.

Glen se puso rígido. Acababa de descubrir la pequeña pistola que

llevaba en la mano, aunque no amenazaba a nadie con ella.

El millonario dijo:

—Vete a tu cuarto, Myra. Nelson y yo arreglaremos este asunto.

—No podrás arreglar nada... No con un hombre como Nelson.

—Le pagaré. Aún no ha nacido el hombre que no tenga un precio.

Ella se disponía a replicar cuando sonaron pasos precipitados fuera de la estancia. Por la puerta abierta entró un individuo alto y corpulento que llegaba casi al trote.

—¡Señor Talbot! —exclamó—. Hemos encontrado a... Lo lamento; yo pensé que estaba usted solo...

—¿A qué viene todo ese alboroto?

La mano de Glen había desaparecido bajo su chaqueta. Por un instante sus ojos se encontraron con los mortecinos de la mujer. Sintió un extraño frío en la médula porque le parecieron ojos muertos en una carátula vieja de mil años.

El guardián, tras unos instantes, de vacilación, dijo:

—Alguien golpeó a Glaub, señor. Le hemos encontrado atado y amordazado entre irnos arbustos...

—Un buen descubrimiento, aunque demasiado tardío. El intruso está aquí —graznó el potentado, señalando hacia Glen.

El vigilante dio un respingo. Titubeó unos instantes porque vio que el «intruso» estaba tras el mostrador, como uno de los invitados de costumbre.

Luego, cuando decidió actuar, era demasiado tarde porque un revólver del 38 le apuntaba por encima de la barra y ya no había nada que él pudiera hacer.

—Aproxímate, hermano —dijo Glen—. Sé que llevas un arma en la funda sobaquera, de modo que no intentes sorprenderme. Y usted, señora, mejor será que deje caer ese juguete... No me gustaría tener que hacerle daño.

Talbot se irguió. Un chispazo de ira cruzó por su mirada.

—¡Estúpida! —bufó—. Vienes aquí con esa pistola y ni siquiera has tenido el sentido común suficiente para meterle una bala a ese bastardo..., a pesar de saber que yo te hubiera respaldado.

El pistolero había levantado las manos a medias. Vio que la mujer avanzaba unos pasos, cruzándose en la línea de tiro de Glen, y eso estuvo a punto de decidirle.

Su mano cayó para desaparecer bajo la solapa, pero Glen Nelson

había previsto su acción tan pronto Myra comenzó a moverse y ya se encontraba en el extremo del mostrador balanceando suavemente su barrigudo revólver.

—Piénsalo dos veces, compañero —dijo tan sólo.

El pistolero lo pensó, en efecto. Su mano volvió atrás, vacía.

—Eso está mejor, pero mientras lleves la artillería ahí debajo no tendremos la fiesta en paz. Así que saca la pistola con mucho cuidado y déjala caer al suelo. Y eso va también para usted, señora.

Myra sonrió. Fue una sonrisa tan fría como un témpano de hielo.

El guardián sacó una 45 automática sosteniéndola con los dedos y la dejó caer sobre la alfombra.

Myra dijo:

—Aunque no me crea, Nelson, no pensaba disparar contra usted.

—Prefiero no comprobar sus buenas intenciones.

Ella soltó su arma y fue a recostarse contra el mostrador.

—Bueno, eso vuelve a estar en debida forma. Ahora, Talbot, veamos si ponemos cada cosa en su lugar. Sé que Angie Ross le sometía a chantaje desde la bacanal de sus esponsales. ¿Qué pruebas tenía: fotos, declaraciones o qué?

—Usted ha dicho antes que conocía el escondrijo de ese material, Nelson. En consecuencia, debería conocer también su contenido.

—Nunca lo he visto... aún. ¿Qué son, fotos?

—Tráigalo aquí y le pagaré un millón. En metálico, Nelson, sin recibos, sin impuestos..., nada.

Glen se estremeció.

—¡Un millón! —jadeó, sin voz—. ¿Habla usted en serio?

—Tiene mi palabra.

—Cada vez estoy más intrigado.

—Sabía que todo hombre tiene un precio —cacareó el millonario—. Todo consiste en valorarlo adecuadamente.

—Y el mío, según usted, es un millón.

—Sí.

—No.

Talbot se irguió, rígido.

—¿Pretende más?

—No me ha comprendido usted, Talbot. Mi precio es infinitamente más bajo. Cien dólares por día de trabajo, más gastos, incluida la bebida, por supuesto —rió entre dientes—. Eso cuando tengo un

cliente, que no ocurre con mucha frecuencia.

—¿Qué diablos quiere decir con eso?

—Que puede usted comerse su millón de dólares, porque ese millón incluye las vidas de seres humanos, la paz y la seguridad de una mujer que es mía y que usted acorraló como a una pieza de caza...

—De modo que no acepta.

—En absoluto. Vine dispuesto a terminar este asunto para que Gladys pudiera vivir en paz y para conseguirlo solo hay un medio, Talbot... Hundirle hasta el fondo del infierno.

—No puedo creerlo.

—Volvamos a lo que interesa. ¿Cuánto dinero le sacó Ross?

Talbot sacudió la cabeza.

—Demasiado —gruñó—. Y no sólo a mí. Y ahora, lárguese y haga lo que quiera..., si puede.

—Podré. Nada me detendrá.

Frederick Talbot Mingus le observó durante unos segundos con una mirada en la que chispeaba el odio, el furor, o quizá la impresión de la primera derrota que sufría en su vida.

Inesperadamente, Myra dijo con voz carente de inflexiones:

—Ganará él, Nelson... Talbot siempre gana. En todo.

—No esta vez.

—Siempre obtiene lo que quiere, sea lo que sea, incluso destruir a una mujer. No tiene más que mirarme a mí. ¿Cómo cree que lo consiguió?

—¡Cállate! —rugió el potentado.

Glen salió de detrás del mostrador. El «Colt-Cobra», en su mano, daba la sensación de una cosa viva y letal, a pesar del aparente descuido con que lo sostenía.

—Voy a buscar esas pruebas, Talbot —dijo con calma—. Si son fotografías, tal como imagino, las publicaré junto con toda la historia. Una historia en la que murieron dos muchachas menores de edad, sacrificadas al desenfreno de su orgía.

—¿Cómo infiernos lo supo? —jadeó el millonario.

—Lo averigüé, eso es suficiente.

—Claro..., debí comprender que ya tenía usted el material en su poder. ¿Cuánto quiere por él? De una sola vez, Nelson. No cometa el mismo error que cometió Ross.

—¿Para qué va usted a despilfarrar su dinero, si podrá tenerlo todo

brillantemente publicado? Poseerá tantas copias como revistas compre.

—¡No creeré nunca que prefiera el escándalo a una fortuna!

—He visto lo que la fortuna hace a los hombres... No hay más que mirarle a usted o a su esposa. Siento náuseas solo con imaginarlo. Quédese aquí, ordenando a sus esbirros que intenten cerrar el paso al escándalo, al descrédito y al deshonor más absolutos. No quiero ni ensuciarme las manos dándole su merecido.

Se encaminó a la puerta, pero se detuvo antes de salir.

—Talbot, ahora sé cierto lo que vine a averiguar. Además he comprobado que Myra es una ruina, tal como me dijo Gladys. Sólo por lo que ha hecho con ella merecería la muerte... Pero le dejaré vivir un poco más.

—¡Está loco si cree que me vencerá, Nelson!

—Sólo déjeme decirle una cosa, gran hombre: no mande a sus perros tras de mí porque me obligará a matarlos como maté a los dos que en San Francisco quisieron acribillarme. Eso es todo. No tengan prisa en salir.

Cerró la puerta y corrió hacia el vestíbulo.

Apenas se cerró la puerta, Talbot rugió:

—¡Llama a todos los hombres disponibles! Ese maldito no debe salir de las lindes del rancho. ¡Cazadlo!

El pistolero giró sobre sus talones y salió de estampida.

Apenas había dado cuatro pasos fuera del salón cuando un revólver tronó allá afuera. Trastabillando, el guardián retrocedió, pegó de cabeza contra el quicio de la puerta y se derrumbó como un fardo.

Tenía un limpio agujero en mitad de la frente, como un tercer ojo que se hubiera abierto de repente.

Maldiciendo en todos los tonos, Talbot se aproximó al hombre caído.

—¡Le cazarán! —Gruñó—. ¡No podrá escapar!

Tras él, Myra dijo en voz baja:

—Tú tampoco, «querido».

La palabra querido sonó como algo sucio.

Talbot se volvió en redondo.

Myra había vuelto a empuñar su pequeña automática y le apuntaba con ella sin un temblor, con una determinación implacable.

CAPÍTULO XIV

El estampido del revólver sembró la alarma en toda la casa.

Los guardianes libres de servicio estaban en la sala contigua a la cocina, lugar en que solían reunirse habitualmente. Eran cuatro, y todos salieron zumbando hacia el ala del edificio donde había resonado la detonación.

Vieron luz en la biblioteca, cuya puerta estaba abierta de par en par. Cruzado en el umbral vieron también el cuerpo de su compañero, y eso les detuvo, perplejos.

—¡Señor Talbot! —gritó uno de ellos.

En lugar de una voz, en el interior de la biblioteca resonó el seco ladrido de un arma de pequeño calibre.

Cambiaron una mirada de estupor. Luego, los cuatro saltaron hacia la puerta.

La escena les aturdió como un mazazo, paralizándoles.

Frederick Talbot Mingus estaba encorvado, con las manos engarfiadas sobre el estómago, balanceándose a punto de caer.

Frente a él, riéndose como una loca, Myra le apuntaba con una diminuta pistola.

—¡Nunca más! —jadeaba—. Ya no me podrás tocar nunca más..., ni obligarme a ser lo que tú hiciste de mí...

—¡Myra..., espera...!

Ella tiró otra vez del gatillo. El cuerpo del potentado acusó el nuevo impacto y cayó de rodillas. Las balas eran pequeñas, pero a tan corta distancia resultaban mortales como las de una 45.

Los cuatro guardianes salieron de su estupor cuando la mujer volvió a oprimir el gatillo. Lo hizo una vez tras otra, repetidamente, hasta vaciar por completo el cargador de su pequeña pistola europea.

Cuando se la arrebataron de las manos, el millonario era un sangrante fardo retorcido sobre la alfombra.

Myra sonreía de aquella manera que daba escalofríos. Sus ojos no se apartaban del cuerpo acribillado, extrañamente fijos.

Uno de los guardianes jadeó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Yo me largo de aquí —decidió otro.

—No pueden culpamos...

—Ha sido ella. La policía tendrá el caso resuelto aun antes de intervenir. No perdamos la cabeza.

Myra dijo:

—Váyanse. Yo no voy a necesitarles... a ninguno de ustedes. Si se quedan declararé todo lo que sé sobre sus actividades.

El primero repitió:

—Yo me largo ahora mismo.

Dio media vuelta y salió corriendo.

Los demás le siguieron vergonzosamente. El que había quitado la pequeña pistola a Myra ni siquiera recordó el arma y se la llevó consigo.

Myra fue hacia el bar. Un minuto después estaba vaciando un vaso y contemplando el cuerpo del hombre que la había degradado hasta convertirla en una ruina.

Quizá pensó en su hermana Gladys..., en Nelson y en una vida limpia que estaba fuera de su alcance.

De cualquier modo, eso, Glen Nelson no lo supo nunca.

* * *

El oficial dijo:

—Hemos localizado ese envío, señor Nelson.

Glen suspiró.

—Estaba seguro que lo encontraríamos en una oficina de correos. Había resguardos de varios envíos certificados dirigidos siempre a un apartado. ¿En qué oficina está ese último?

El policía del servicio postal aclaró:

—En Petaluma. Por lo visto, Ross enviaba ese material a una oficina de correos después de haber contratado un apartado. Lo tenía allí cierto tiempo, hasta que alquilaba otro apartado en otro lugar, sacaba el paquete y lo expedía de nuevo. Era la manera de mantener seguro el material. Un tipo muy ingenioso.

—¿Podemos ir a recogerlo, o hay que avisar a la policía?

—Necesitamos una orden judicial, desde luego.

—Usted la conseguirá. Entretanto, yo hablaré con el oficial que lleva este caso y los dos le esperaremos a usted en Petaluma.

—Conforme; calculo que estaré ahí en un par de horas.

Glen salió y se dirigió al despacho del teniente Mac Cabe, al que encontró de un humor de perros.

—Usted era lo único que me faltaba esta mañana —gruñó.

—Debería recibirme con bandera y banda de música. Le traigo un asunto resuelto.

—¿Cuál?

—¿Usted qué cree? Angie Ross. He localizado el escondrijo del material con que extorsionaba a Frederick Talbot y algunos otros.

—¿Me trae también al asesino?

—Todavía no.

—Entonces, se queda usted sin banda de música. Vamos a ver, cuénteme todo este lío.

—Hablaemos durante el viaje. Hemos de dirigirnos a Petaluma inmediatamente. En la oficina postal está lo que nos interesa.

—Conforme, Nelson. Pero no olvide que mi departamento es el de Homicidios. El chantaje queda fuera de mis actividades.

Durante el camino, sentados en la trasera de un coche policíaco, Glen le contó lo que sabía sin omitir nada.

—A Ross le mataron con un arma de pequeño calibre —dijo al final—. No me sorprendería saber que es la misma pistola que empuñaba Myra Talbot cuando entró en la biblioteca..., aunque no se me ocurrió pensarlo hasta que ya estuve fuera.

—¿Por qué habría de matarlo ella? Según usted, Talbot disponía de buenos elementos para un trabajo así.

—No lo sabremos hasta interrogarla a ella. Quizá la sometió a sus caprichos mediante drogas... Por lo menos, el aspecto de esa mujer es el de alguien rebosando heroína hasta por las orejas.

—Ya veo... ¿Qué supone usted que contienen esas fotos?

—Escenas de la muerte de dos muchachas. Ross estaba en aquélla orgía para algo más que para complacer a Talbot. Buscaba su oportunidad y la encontró.

Las dudas de Mac Cabe se disiparon en cuanto tuvo el material entre las manos.

Eran fotos, desde luego, pero también una relación con los nombres de los que aparecían en ellas, empezando por Frederick Talbot Mingus, que aparecía inclinado sobre el cuerpo retorcido y desnudo de una mujer, al pie de unas escaleras.

La escena se repetía bajo una ventana, en el exterior. Con Talbot estaban dos de sus guardianes y tres individuos cuyos nombres sonoros aparecían con mucha frecuencia en las páginas de chismes sociales de las revistas especializadas.

Había igualmente unas notas aclaratorias del significado de aquellas fotografías, los clisés y dos copias de cada uno.

Glen las tomó para examinarlas. El teniente gruñó:

—Eso demuestra que usted estaba en lo cierto, Nelson... Ese condenado va a tener que explicarnos muchas cosas.

—Sus abogados explicarán todo lo que usted quiera... La única manera de hundirlo por anticipado sería entregando las fotos y la historia completa a los reporteros.

—Yo no puedo hacer eso sin jugarme el empleo, Nelson.

El policía del servicio postal rió.

—A veces a uno le gustaría jugarse el puesto, si con ello se daba su merecido a un degenerado como el que nos ha descrito Nelson.

Éste les miró alternativamente. Había una chispa burlona en sus ojos.

Mac Cabe dijo de pronto:

—Vamos a su oficina y le firmaré un recibo por todo esto... Y usted espere aquí, Nelson, y no pierda esas fotos. Sé perfectamente que hay una copia de cada clisé.

El policía de correos enarcó las cejas. Dio media Amelia y se encaminó a la oficina interior.

Glen suspiró.

—Si las matemáticas no fallan, aquí debe haber una sola copia de cada clisé... Si hubiera más, Mac Cabe quedaría en ridículo.

Se guardó un juego completo en el bolsillo y esperó el regreso de los policías, dominando a duras penas su impaciencia.

* * *

El escándalo estalló en todas las revistas de escándalo a un tiempo. Las fotografías, ampliadas, campeaban en cada portada como una rotunda acusación.

Una acusación a un hombre muerto, pero que servía para machacar un mito, para desmenuzar una aureola de alegre

play-boy

para convertirla en la más sucia, la más sórdida historia de los últimos años.

Glen Nelson cerró la última de las revistas. Sabía que a partir de ese día los periódicos normales, incluidos los más sesudos, no tendrían más remedio que ocuparse también del escandaloso asunto, con lo cual no quedaría nadie en todo el país que ignorase las andanzas de los falsos ídolos de barro.

Gladys, a su lado, murmuró:

—¿Qué será de Myra ahora, Glen?

—No creo que la procesen siquiera. La internarán en un centro de rehabilitación contra toxicómanos..., aunque personalmente no abrigo muchas esperanzas sobre su curación.

—Mamá no se aparta de ella —suspiró Gladys—. Ojalá que Myra tenga valor para soportar esa prueba.

—¿Por qué no te preocupas un poco de ti para variar, nena?

—Mejor será decir que quiero ocuparme de nosotros. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Yo había pensado en algo así como una licencia matrimonial.

—¡Glen!

—No es que esté completamente decidido... Era sólo una idea.

—Ya veo... Necesitas un pequeño empujón hacia el altar, ¿eh?

—Más bien un fuerte empujón.

—Yo te lo daré, querido.

Le rodeó el cuello con sus brazos y sus labios se abrieron, sonriendo invitadoramente.

El aceptó la invitación, por supuesto.

De modo que fue algo más que un empujoncito lo que recibió, despejando así el camino hacia la vicaría...

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.